

KLAUS MESCHKAT

La crisis de los regímenes progresistas y el legado del socialismo de Estado



Este trabajo está autorizado bajo la licencia Creative Commons Attribution-NoDerivatives 4.0 (BY-ND), lo que significa que el texto puede ser compartido y redistribuido, siempre que el crédito sea otorgado al autor, pero no puede ser mezclado, transformado o construir sobre él. Para más detalles consúltese <http://creativecommons.org/licenses/by-nd/4.0/>

Para crear una adaptación, traducción o derivado del trabajo original, se necesita un permiso adicional y puede ser adquirido contactando publicaciones@calas.iat

Los términos de la licencia Creative Commons para reuso no aplican para cualquier contenido (como gráficas, figuras, fotos, extractos, etc.) que no sea original de la publicación Open Access y puede ser necesario un permiso adicional del titular de los derechos. La obligación de investigar y aclarar permisos está solamente con el equipo que reusa el material.

KLAUS MESCHKAT

La crisis de los regímenes progresistas y el legado del socialismo de Estado



Universidad de Guadalajara

Ricardo Villanueva Lomelí
Rectoría General

Héctor Raúl Solís Gadea
Vicerrectoría Ejecutiva

Guillermo Arturo Gómez Mata
Secretaría General

Juan Manuel Durán Juárez
**Rectoría del Centro Universitario
de Ciencias Sociales y Humanidades**

Sayri Karp Mitastein
Dirección de la Editorial

Primera edición, 2020

Autor

© Klaus Hans Martin Meschkat

Published 2021 by



An Imprint of transcript Verlag
<http://www.bielefeld-university-press.de>

Printed by Majuskel Medienproduktion GmbH,
Wetzlar

Print-ISBN 978-3-8376-5641-1
PDF-ISBN 978-3-8394-5641-5
<https://doi.org/10.14361/9783839456415>

Impreso y hecho en Alemania
Printed and made in Germany



**Centro María Sibylla Merian
de Estudios Latinoamericanos Avanzados
en Humanidades y Ciencias Sociales**

Sarah Corona Berkin
Olaf Kaltmeier
Dirección

Gerardo Gutiérrez Cham
Hans-Jürgen Burchardt
Codirección

Martin Breuer
Coordinación de Publicaciones

Loida Frometa Castillo Macias
Traducción del alemán al español

www.calas.lat

Gracias al apoyo de



**Federal Ministry
of Education
and Research**

En colaboración con



**UNSAM
EDITA**



**FLACSO
Ecuador**

CALAS. Afrontar las crisis desde América Latina

Este libro forma parte de los ensayos concebidos desde la investigación interdisciplinaria que se lleva a cabo en el Centro Maria Sibylla Merian de Estudios Latinoamericanos Avanzados en Humanidades y Ciencias Sociales (CALAS), donde tratamos de fomentar el gran reto de analizar aspectos críticos sobre los procesos de cambios sociales. CALAS ha sido concebido como una red afín a la perspectiva de los Centros de Estudios Avanzados establecidos en distintas universidades del mundo y busca consolidarse como núcleo científico que promueve el desarrollo y la difusión de conocimientos sobre América Latina y sus interacciones globales. CALAS funciona en red, la sede principal, ubicada en la Universidad de Guadalajara (México), y las subseces ubicadas en la Universidad de Costa Rica, Flacso Ecuador y Universidad Nacional de General San Martín en Argentina. Las instituciones latinoamericanas sedes están asociadas con cuatro universidades alemanas: Bielefeld, Kassel, Hannover y Jena; esta asociación fue impulsada por un generoso apoyo del Ministerio Federal de Educación e Investigación en Alemania.

La relevancia de estos libros, enfocados en el análisis de problemas sociales, trasciende linderos académicos. Se trata de aumentar la reflexión crítica sobre los conflictos más acuciantes en América Latina, como una contribución de primer orden para generar diálogos desde múltiples disciplinas y puntos de vista. Más allá de esto, el objetivo de estas publicaciones es buscar caminos para afrontar las múltiples crisis.

Como reconocidos analistas en sus respectivos campos de investigación, los autores nos invitan a ser copartícipes de sus reflexiones y a multiplicar los efectos de sus propuestas, a partir de su lectura.

Sarah Corona Berkin y Olaf Kaltmeier
Directores

Gerardo Gutiérrez Cham y Hans-Jürgen Burchardt
Codirectores

Índice

Introducción	11
<hr/>	
La Revolución rusa y su eco latinoamericano	18
<hr/>	
El partido mundial y América Latina	28
<hr/>	
La reeducación de los cuadros de América Latina	34
<hr/>	
La posición de monopolio de un solo partido	38
La denuncia de las desviaciones	38
La devaluación de la historia de los movimientos revolucionarios	40
Hacer absoluta la lucha contra el imperialismo	41
La defensa incondicional de la tierra de la revolución	42
<hr/>	
La izquierda latinoamericana en la Guerra Fría	44
<hr/>	
Venezuela: inicio del giro a la izquierda	48
<hr/>	
Procesos constitucionales en América Latina	50
<hr/>	
Perfiles de la Revolución bolivariana	54
<hr/>	
El monopolio de un partido único	67
La denuncia de las desviaciones	67

La devaluación del historial de los movimientos revolucionarios	69
La absolutización de la lucha contra el imperialismo	71
La defensa incondicional del país de la revolución	72
El bolivarianismo más allá de Venezuela	73
<hr/>	
Lecciones de las últimas décadas: errores que deben evitarse	80
<hr/>	
La justificación del monopolio del partido único	80
La fe en los dirigentes indispensables	82
Seguir los modelos idealizados de las revoluciones anteriores	84
El desconocimiento de los derechos civiles	86
Consideraciones finales	90
<hr/>	
Epílogo	97
<hr/>	
Bibliografía	100
<hr/>	
Autor	105
<hr/>	

Nota preliminar

Los regímenes progresistas, que querían demostrar que existen alternativas a las políticas neoliberales en América Latina, se encuentran en una profunda crisis. La catastrófica escalada de los conflictos a partir de 2018 en Venezuela y Nicaragua, así como también la ruptura de orientación política en Ecuador y la caída en 2019 de Evo Morales en Bolivia, obligan a reevaluar el llamado progresismo. Quien no se contenta, como se acostumbra a hacer, con denunciar las previsibles maquinaciones del imperialismo, debe buscar las razones internas del fracaso de un proclamado apresuradamente socialismo del siglo XXI. Destacados científicos sociales latinoamericanos han estudiado y analizado durante años cómo la continuación y la profundización del extractivismo¹ causan inevitablemente las deformaciones autoritarias de los regímenes progresistas, llevándolos a un callejón sin salida económico y/o político.

Sin embargo, hay preguntas que siguen abiertas: ¿por qué tales regímenes, que deben su aparición, sus éxitos iniciales y también la defensa contra los primeros golpes contrarrevolucionarios en gran medida a la movilización de las masas, no pueden mantener a largo plazo el apoyo de una mayoría de la población? ¿Cómo explicamos su incapacidad para corregir a tiempo los evidentes errores estratégicos y tácticos? ¿Por qué no ha sido posible detener el proceso de la autonomización de la dirigencia y que se la someta a un control democrático?

Las respuestas a estas preguntas se buscan aquí recurriendo al historial de la izquierda latinoamericana. El objetivo es mostrar cómo el concepto organizativo de Lenin ha llegado a América Latina y de qué manera continúa teniendo efecto tanto en la ideología como en las prácticas políticas de los regímenes progresistas.

En el capítulo introductorio se esbozan brevemente algunos de los conflictos fundamentales en los países andinos en los que se dio el giro a la izquierda, desde que Hugo Chávez fue elegido en 1998 como presidente de Venezuela. A continuación, se revisan las intervenciones de la

¹ Para una definición de extractivismo y neoextractivismo véase Svampa (2019).

Internacional Comunista (Komintern) en América Latina. Finalmente, se examina si este legado también ha influido en los protagonistas del progresismo y de qué manera. La reflexión se centra principalmente en Venezuela y rastrea su influencia en otros países de la región, especialmente en Bolivia. Este enfoque se basa en el papel central de Hugo Chávez y su relación ambivalente con la herencia histórica de la izquierda. Después de su muerte, Álvaro García Linera, quien ha sido durante muchos años vicepresidente de Bolivia, probablemente puede ser considerado como uno de los más importantes ideólogos de la Revolución bolivariana, incluso después de haber tenido que abdicar junto con Evo Morales.

Introducción

Hace veinte años, la elección de Hugo Chávez como presidente de Venezuela parecía marcar el comienzo, no sólo para este país, de un giro duradero a la izquierda. En los primeros años del nuevo siglo, las elecciones democráticas en varios países del subcontinente llevaron a la cima del gobierno a políticos que abogaron como Chávez por darle la espalda al neoliberalismo para mejorar decisivamente la situación social de la mayoría de la población. Tras las victorias electorales de Evo Morales en Bolivia (2005) y Rafael Correa en Ecuador (2006), siguiendo el ejemplo de Venezuela, se discutieron y pusieron en vigor nuevas constituciones, que pretendían ser más democráticas. Se mantuvieron los logros positivos de un sistema representativo con separación de poderes, partidos en competencia y la posibilidad de cambiar el gobierno mediante elecciones periódicas. Pero, al mismo tiempo, se amplió el ámbito de los diversos movimientos de base hasta un cambio de poder a favor de las estructuras comunitarias y la posibilidad de destituir a todos los representantes, incluyendo el mismo presidente de la república. En Brasil, en 2002 un exlíder sindical fue elegido presidente del país más grande del subcontinente, aunque su Partido de los Trabajadores (PT) siempre dependió de la cooperación con las fuerzas de la derecha en el Parlamento y el Gobierno. No obstante, Lula da Silva fue capaz de impulsar programas sociales progresivos que trajeron mejoras tangibles para grandes partes de la población. Tras los éxitos electorales de los políticos de izquierda, también se produjeron acontecimientos similares en Argentina (bajo los Kirchner) y, con mayores restricciones,

en Chile. El retorno del previamente destituido líder sandinista, Daniel Ortega, al poder en Nicaragua (2006) también parecía seguir esta línea.

En los primeros años de sus mandatos, los líderes de este giro a la izquierda pudieron cumplir algunas de sus promesas sociales y así aseguraron el apoyo de sectores de la población anteriormente desfavorecidos. Esto también fue posible porque la tendencia favorable de los precios en el mercado mundial proporcionó considerables ingresos adicionales a los países exportadores de materias primas, los cuales pudieron ser apropiados de diversas maneras por los distintos jefes de Estado. Dichos ingresos permitieron financiar generosos programas para mejorar la salud, la educación, la nutrición y, en algunos casos, la situación de la vivienda de las clases bajas. Estos programas inicialmente se llevaron a cabo en muchos lugares con la participación democrática de las personas interesadas, fomentando así un cierto grado de movilización de las bases. Aunque esto no acabó de ninguna manera con la integración tradicional de la región en el mercado mundial, la nueva política provocó la resistencia de las clases altas vinculadas al capital extranjero, las cuales intentaron derrocar a los gobiernos libremente elegidos. Esto es lo que ocurrió en el fallido golpe militar contra Chávez en 2002 y en las maquinaciones separatistas de las élites regionales en el este de Bolivia en los primeros años después de la victoria electoral de Evo Morales. Sin embargo, los gobiernos progresistas de los países andinos pudieron mantenerse firmes porque sus políticas fueron apoyadas por la mayoría de la población, especialmente en tiempos de una economía de mercado mundial favorable a la exportación de materias primas.

A la esperanzadora fase inicial de una apertura democrática le siguió un periodo de renovado conflicto entre los líderes del Estado, los movimientos sociales y un aumento constante de las tendencias autoritarias por parte de los gobiernos (con características específicas en cada país y con diferencias temporales). El neoextractivismo siguió siendo la base económica de los regímenes progresistas que, a pesar de las declaraciones programáticas en sentido contrario, nunca fueron capaces de reducir su dependencia de las exportaciones de materias primas. Por el contrario, la explotación de los recursos naturales aumentó alarmante-

mente a expensas de las poblaciones mayoritariamente indígenas que viven en las zonas mineras, cuya resistencia también fue reprimida cada vez más. Al mismo tiempo, la deliberada falta de transparencia en el manejo de los excedentes obtenidos gracias al extractivismo provocó una escalada de corrupción, lo que llevó al surgimiento de nuevos estratos sociales de beneficiarios parasitarios de los regímenes progresistas, como la llamada *boliburguesía* en Venezuela.

En las asambleas constituyentes de los países andinos bolivarianos, las posiciones opuestas todavía se discutían de forma controvertida y se lograban soluciones aparentemente viables, en el sentido de que se combinaba una extendida democracia representativa con la promoción de actividades de base. Sin embargo, después de la aprobación de las nuevas constituciones en ningún país se produjo un amplio debate público sobre las implicaciones del neoextractivismo y de las posibles alternativas. Las pocas voces críticas con los gobiernos se concentraron principalmente en las consecuencias de la creciente explotación de las materias primas, que fueron muy similares a las de los países vecinos no progresistas de Colombia y Perú. Inevitablemente, surgieron conflictos entre la expansión de la extracción de materias primas (producción de petróleo, extracción a cielo abierto de carbón y minerales) y los intereses de las personas que viven en las zonas afectadas, sobre todo los grupos indígenas y afroamericanos, cuya base de vida se veía a menudo amenazada. Con referencia a los intereses prioritarios de la nación o incluso de la revolución, la resistencia a los proyectos extractivistas de gran escala fue –y es– denunciada como una mera defensa de intereses particulares. Aunque los líderes estatales progresistas habían llegado al poder con el apoyo de los movimientos sociales, pronto practicaron un hiperpresidencialismo que se extendió por toda la región y que hizo retroceder a todas las organizaciones de base independientes de su control, a menudo mediante la creación de organizaciones paralelas leales al Estado y/o mediante medidas represivas. Las organizaciones no gubernamentales (ONG) que lucharon por los derechos de los pueblos indígenas en los territorios amenazados por la explotación de materias primas fueron a menudo difamadas como

títeres del imperialismo, con referencia al financiamiento que recibían del extranjero.

A medida que se arraigaba el neoextractivismo, los gobiernos progresistas entraron inevitablemente en conflicto con sus nuevas constituciones, que otorgaban a los pueblos indígenas amplios derechos de representación y participación. En particular, la explotación de los recursos minerales en los territorios indígenas estaba vinculada a las consultas previas con los pueblos originarios. En Venezuela, por ejemplo, esta obligación fue eludida gracias a que hasta la fecha no se ha realizado ninguna demarcación en las regiones afectadas.²

También hubo conflictos ejemplares en Ecuador y Bolivia, en los cuales los proyectos extractivistas se encontraron con la resistencia por parte de la población regional. En los inicios del gobierno de Rafael Correa se anunció un proyecto innovador que atrajo la atención internacional: en el Parque Nacional Yasuní, ubicado en el bajío de la Amazonia ecuatoriana, las reservas petroleras identificadas deberían permanecer intactas, ya que su extracción pondría en peligro la existencia de las poblaciones indígenas y también la diversidad biológica de la zona. Sin embargo, la mitad de los ingresos a los cuales el Estado renunció con esta medida debía ser aportada a través de un fondo de compensación internacional. Cuando este fondo no se materializó, debido también al sabotaje del gobierno alemán, el presidente Correa impulsó el inicio de la explotación. En Bolivia existe una larga disputa sobre una carretera nacional que atraviesa el Parque Nacional Tipnis, cuya construcción también causaría daños ecológicos y la expansión de los cultivos ilegales de coca, lo que pondría en peligro a los grupos de población indígena. A pesar de las concesiones iniciales hechas por el gobierno de Evo Morales a los oponentes de la carretera, posteriormente se llevó a cabo una política manipuladora de división de las organizaciones indígenas, acercando el proyecto original a la realización.

² Sobre la creación del Arco Minero del Orinoco, una zona bajo control militar que cubre el 12% del territorio nacional y en la que viven varios pueblos indígenas, véase Lander (2019).

La exposición ha sido hasta ahora predominante en la confrontación entre los intelectuales de izquierda con los regímenes progresistas, así como la crítica de las contradicciones entre los postulados constitucionales y el extractivismo real; y en vista de la riqueza del trabajo de destacados expertos, basta por ahora con referirse a algunos de estos estudios, ya que están disponibles en las antologías del Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo: Lang *et al.* (2011, 2013 y 2015) y Burchardt *et al.* (2016).

No obstante, sigue abierta la pregunta si estos conflictos aparentemente inevitables tienen que desembocar en catástrofes, como las que están ocurriendo actualmente en Venezuela, en Nicaragua, en la presidencia de un demagogo de extrema derecha en Brasil o en la dimisión forzada de Evo Morales. Para no dejar que a la otrora exuberante alegría del giro a la izquierda siga una desesperación igualmente ilimitada, hay que liberarse de la idea de que con la llegada al poder de ciertos líderes se ha iniciado un periodo completamente nuevo en el desarrollo político de América Latina. Por el contrario, debe examinarse cómo las dos últimas décadas, desde la primera victoria electoral de Hugo Chávez, están vinculadas al patrimonio histórico de la izquierda en América Latina.

La forma en que los líderes políticos progresistas se vinculan con este legado no se puede deducir fácilmente de sus declaraciones públicas. Construcciones peculiares de la historia, como la referencia directa a Simón Bolívar caracterizada con razón por historiadores competentes como la creación de un mito (Zeuske 2011), pueden al menos alimentar la fe en el papel destacado de los imprescindibles líderes estatales; además, sirven para justificar caminos políticos muy diferentes, precisamente por su indeterminación. En vista de la existencia de un culto bolivariano de larga duración de la derecha y de los conservadores latinoamericanos, existen razones plausibles para el intento de reivindicar al padre fundador de la independencia latinoamericana por una política progresista. Pero es evidente que hay una tradición más cercana con la cual Hugo Chávez, sus seguidores e imitadores conectaron en el diseño de su sistema de gobierno y en las prácticas políticas que a menudo incluso contradicen sus propias declaraciones programáticas. Se mani-

fiesta, sobre todo, en la creación de un partido de Estado que se posiciona como vanguardia, aunque su posición de monopolio *de facto* no esté anclada en la Constitución como en Cuba. Con esto está relacionado la difamación de cualquier tipo de oposición dentro y fuera de este partido, como si actuara objetivamente al servicio de poderes hostiles. Esto remite a partes del programa de la Komintern que llegaron a América Latina después de la Revolución rusa y que siguen teniendo efecto hoy en día, incluso después del fin del socialismo real en Europa del Este, al parecer también mediado por el modelo cubano persistente.

Esta línea de tradición será analizada con mayor profundidad en esta obra, precisamente porque ha permanecido sin mencionar o subexplorada en muchos estudios. De ninguna manera se pretende explicar con esto todos los desarrollos que se pueden observar en los países del giro a la izquierda latinoamericano desde principios de siglo. No se contemplan aquí los nexos económicos y las supuestas coacciones, especialmente las ausencias con respecto a posibles reformas fiscales en detrimento de las élites económicas que sí hubieran sido posibles. También es indiscutible que, por ejemplo, en el mundo del pensamiento de Hugo Chávez, como él mismo lo esbozó, las referencias a Simón Bolívar, Simón Rodríguez, Ezequiel Zamora y otros progenitores venezolanos, así como la reivindicación de Jesucristo, juegan un papel más importante que el legado de la Revolución rusa (cfr. Kresse 2015). Sin embargo, la necesidad de un partido de unidad socialista difícilmente puede derivarse de las recomendaciones políticas de Simón Bolívar o del cristianismo, y es casi imposible que este detalle haya escapado a la atención del muy leído Hugo Chávez, quien también estuvo familiarizado con la producción de la ideología cubana. Con la creación del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV) está siguiendo una línea de tradición que fue fundada por Lenin y sus seguidores.

En el pasado, la izquierda latinoamericana ha sido influenciada en su mayoría por esta línea, no sólo en sus variantes orientadas a Moscú, maoístas, castristas e incluso trotskistas. Los ideólogos de los regímenes progresistas también adoptan los patrones de pensamiento introducidos por la Komintern, en general sin nombrar claramente o incluso sin

cuestionar su origen. Por lo tanto, para comprender la situación actual de la izquierda, en el sentido amplio del concepto, es esencial reflexionar sobre su historia y rastrear hasta sus orígenes la conformación de las convicciones fundamental que aún prevalecen hasta hoy.

La Revolución rusa y su eco latinoamericano

La recepción de la Revolución rusa en América Latina significó un punto de inflexión, en el sentido de un momento crucial, aunque de ninguna manera como un comienzo radical sin antecedentes, puesto que antes de la Primera Guerra Mundial ya existían grupos anarquistas y anarcosindicalistas en varios países de América Latina que expresaban una oposición radical al orden establecido (Wätzold 2015). Inicialmente, recibieron la noticia del derrocamiento del zar ruso y de la revolución bolchevique con entusiasmo. Los acontecimientos en Rusia fueron un estímulo para atacar el dominio establecido en todas partes para aquellos que se sentían como portavoces de los explotados y oprimidos.

No obstante, hay que recordar que antes de la Revolución de Octubre, en América Latina había iniciado una de las grandes revoluciones del siglo xx, la de México. A pesar de que su eco se escuchó poco en la Europa de la Primera Guerra Mundial y de sus secuelas inmediatas, en México el ala más radical de la revolución era muy consciente de la importancia histórica mundial de la Revolución rusa y trató de establecer una conexión. Así, Emiliano Zapata escribió a un amigo en febrero de 1918: “Mucho ganáramos, mucho ganaría la humana justicia, si todos los pueblos de nuestra América y todas las naciones de la vieja Europa comprendiesen que la causa del México revolucionario y la causa de Rusia son y representan la causa de la humanidad, el interés supremo de todos los pueblos oprimidos” (Spenser y Ortiz 2006, 23). En la misma carta, Zapata habló de la “visible analogía, el marcado paralelismo, la absoluta paridad, mejor dicho, que existe entre el movimiento ruso y la revolución agraria en México” (*Idem*).

También el teórico y activista del anarquismo mexicano, Ricardo Flores Magón, vio en aquel octubre ruso el comienzo de una gran revolución mundial. En vista de la pérdida de poder de los sóviets reales, pasó algún tiempo hasta que surgiera una oposición irreconciliable entre anarquistas y bolcheviques. La sangrienta derrota de la comuna de Kronstadt en marzo de 1921 marcó la ruptura final de los revolucionarios libertarios con Lenin y Trotsky. Flores Magón escribió en una carta de febrero de 1921:

El colapso de la dictadura de Lenin y Trotsky es sólo cuestión de tiempo, y los trabajadores del mundo deben estar preparados para enfrentar este fracaso seriamente, porque a través de nuestra propaganda pueden reconocer las causas de esta catástrofe y ver el camino ante ellos que conduce a una sociedad sin amos (*Ibid.*, 24).

Al principio del movimiento obrero en América Latina, había individuos y grupos que querían acercarse a los bolcheviques no sólo idealizando un modelo de rol distante, por lo que buscaron una relación real con Rusia –ya fuera con emisarios autodesignados o autorizados por Moscú que se ofrecieron como testigos de los acontecimientos lejanos, o a través de sus propios viajes a un país que se percibía como el centro de la revolución mundial–. El fundador del Partido Comunista de Chile, Luis Emilio Recabarren, escribió sobre la Revolución de Octubre en febrero de 1918: “El sueño, la utopía de esos locos llamados socialistas pasa a ser hoy no sólo una realidad, sino la fuente de todo progreso y felicidad humana. Esto era lo más temido por la clase capitalista de Rusia y de todos los países” (cit. en Ljubetic 2007).

De varias declaraciones programáticas se desprende que los portavoces de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918 también se sintieron en armonía con la Revolución rusa. Gracias a los estudiantes de una universidad particularmente conservadora en una ciudad provincial argentina, este movimiento pronto encontró un amplio eco en toda América Latina y también una continuación política en un partido que operaba en el continente entero. Al exigir una democratización inte-

gral de la universidad, sabían que estaban alineados con un movimiento mundial que estaba en contra de todas las autoridades tradicionales, el cual fue consecuencia de los horrores de la guerra mundial orquestada por los gobernantes. Desde esta perspectiva, la Revolución de Octubre fue más que la toma del poder por un grupo de revolucionarios. Si Jorge Ingenieros, uno de los intelectuales progresistas más influyentes de la Argentina de esa época, confesó abiertamente sus simpatías por Lenin y Trotsky, lo hizo porque vio la Revolución de Octubre ante todo como una ruptura rigurosa con un viejo orden, un fenómeno cultural-revolucionario, por así decirlo, que podía ser admirado desde lejos incluso sin un conocimiento preciso de los acontecimientos en Rusia. En una línea similar, otros portavoces de la Reforma Universitaria también se refirieron al modelo ruso (Kohan 2000, 43-99; Portantiero 1978).

Los efectos de la Revolución de Octubre también se hicieron notar en el movimiento obrero argentino más directamente y temprano que en otros países latinoamericanos. Por el gran volumen de la tardía inmigración procedente de Europa, especialmente de Italia y España, así como en menor número también de Alemania, Inglaterra y Rusia, el país estaba fuertemente orientado hacia Europa. En 1916, los conflictos internos del Partido Socialista, fundado en 1896, se debieron a la entrada de Argentina en la guerra del lado de la Triple Entente contra las Potencias Centrales, que fue propugnada por la dirección del Partido Reformista. La oposición dentro del partido que, al igual que los opositores a la guerra en Europa, rechazó participar en la guerra imperialista, se escindió como Partido Socialista Internacional (PSI) y se convirtió después de la Revolución de Octubre en el núcleo del Partido Comunista en Argentina.

Los primeros contactos personales entre la Rusia revolucionaria y Argentina se establecieron muy pronto, debido a que algunos revolucionarios rusos llegaron de manera indirecta del exilio siberiano a Argentina donde se involucraron activamente en el movimiento obrero.³ Uno

³ Véase la información biográfica sobre Mijail Alexeevich Komin-Alexandrovsky y Mijail Efimovich Yaroshevskii en Jeifets, Jeifets y Huber (2015, 166 y 344).

de ellos fue Michael A. Komin-Alexandrovsky, un activista de la Revolución rusa de 1905 que había vivido en Buenos Aires desde 1909 después de su huida de Siberia y participó como obrero metalúrgico sindicalizado en la huelga de 1919. Fue invitado al II Congreso Mundial de la Internacional Comunista en Moscú como cofundador de una federación de organizaciones obreras rusas en Sudamérica, cuyo periódico editó en lengua rusa. Lamentablemente, llegó después de un largo viaje de cuatro meses, cuando el congreso ya había terminado. Sin embargo, él y otros delegados al congreso pudieron llegar al frente de la guerra civil del Ejército Rojo contra las tropas del general Wrangel. Provisto de una considerable suma de dinero fue mandado de regreso a Buenos Aires para establecer una oficina de la Komintern y de la Internacional Sindical Roja. En 1922 regresó definitivamente a Rusia, primero para trabajar en la Comisión Sudamericana de la Komintern, y posteriormente como ingeniero en varias empresas económicas.

En 1922, Komin-Alexandrovsky publicó varios artículos basados en las experiencias de su estancia en Rusia, que luego resumió en su libro *Impresiones de un viaje a la Rusia soviética*. El tono de sus informes se caracteriza por una exuberante reverencia por los logros históricos de los bolcheviques y su líder Lenin. En conversaciones ficticias con miembros del Ejército Rojo, busca explicarles la pasividad de los proletarios de Europa Occidental y Central, la cual supone una amenaza a la Unión Soviética ya que, además del conocido oportunismo socialdemócrata mayoritario, la actitud de los anarquistas y sindicalistas también equivaldría objetivamente a apoyar la contrarrevolución.

Hacer la revolución en la sociedad actual capitalista sin violencia es tan imposible como libertar a los obreros con la ayuda de las reformas parlamentarias. [...] quien reconociendo que ha llegado la hora de la revolución social no quiere reconocer sus métodos revolucionarios se engaña y engaña a los otros. Este elemento es más peligroso que el reformista, porque pretende ser revolucionario, mientras que los reformistas se declaran reformistas (Komin-Alexandrovsky 2017, 30).

Los “métodos revolucionarios” de los que habla el autor no los describe y mucho menos evalúa de manera concreta. La objeción, que a menudo plantean los anarquistas, de que ciertos métodos son incompatibles con los objetivos que se tratan de alcanzar, se desestima simplemente alegando que este argumento favorece la contrarrevolución. El informe de Komin-Alexandrovsky dedica mucho espacio a exponer a un supuesto anarquista español que resulta ser un impostor, un agente. También caracteriza de manera negativa el movimiento makhnovista en Ucrania, que se refiere al anarquismo.

Desde el principio, tomar partido por el concepto revolucionario de Lenin significa la firme condena de todos los puntos de vista opuestos, que inmediatamente son marcados como desviaciones de la única línea correcta. En los primeros años, estas “desviaciones” incluyeron preferentemente aquellas corrientes anarquistas y sindicalistas que conformaron la historia temprana del movimiento obrero latinoamericano. Komin-Alexandrovsky tuvo que aprender que las organizaciones obreras argentinas que lo enviaron a Rusia también criticaban la Revolución rusa, aunque el proletariado ruso todavía estaba comprometido en una lucha de defensa contra la burguesía mundial:

¿Qué explicación tiene sus críticas y protestas? No cabe duda que han penetrado en vuestras filas los elementos contrarios a la clase obrera, o que algunos de los antiguos compañeros se han colocado sobre el camino resbaladizo del oportunismo [...]. Precisamente ahora, sin postergaciones hasta mañana, los obreros de Argentina y de la América del Sur en general han de definir la ruta que seguirán para acelerar su liberación del yugo del capitalismo. El único camino es aquel en el que se ha colocado el proletariado revolucionario de Rusia: el camino de la revolución mundial proletaria. Otro camino no existe, compañeros. Sería inútil torturarse la mente y perder el tiempo buscando otra ruta. Yo entiendo perfectamente que, para muchos anarquistas, sindicalistas y social reformistas les es difícil renunciar a las viejas formas de organización dentro de las cuales se han criado y educado. Pero es

inevitable, lo exige la necesidad del momento... En esta tarea, siempre os ayudará el proletariado revolucionario ruso (*Ibid.*, 59).

Según la mayoría de los latinoamericanos cuyos testimonios conocemos y que viajaron a la Rusia soviética, es necesario abandonar el propio legado de la organización revolucionaria en favor de una adopción incondicional del modelo de partido bolchevique. No se trata tanto del contenido de las políticas comunistas, que pueden cambiar según las necesidades reclamadas por el centro, sino más bien del reconocimiento de los principios de organización tal como fueron formulados en el II Congreso Mundial de la Internacional Comunista en las conocidas veintiún condiciones de admisión. El argentino José Fernando Penelón, quien estuvo a la cabeza de su partido hasta su expulsión en 1928, también quedó impresionado después de su viaje a Rusia por la forma en que Lenin justificó el giro a la Nueva Política Económica en 1921 con referencia al papel dirigente del partido:

Lenin nos ha dicho bien claramente que el problema de la Revolución es, en cierta circunstancia, el problema de la organización del Partido Comunista. Que el Partido Comunista debe saber unir las masas obreras y campesinas para hacer la Revolución [...]. Que la NEP ha salvado la Revolución de Noviembre, permitiendo que, bajo la dirección del Estado proletario, prosiga el proceso de la transformación económica de la Rusia actual en una verdadera economía socialista (Penelón 2017, 88).

El chileno Luis Emilio Recabarren fue otro de los latinoamericanos que viajaron a Rusia, y declaró su apoyo a los bolcheviques exiliados en Argentina inmediatamente después de la Revolución de Octubre. Viajó al IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista en 1922 como delegado del Partido Comunista de Chile, y a su regreso publicó un diario de viaje sobre la Rusia de los obreros y los campesinos, en el que defendió sin reservas la política de Lenin y Trotsky y vio realizado

el dominio de los obreros y los campesinos en las estructuras del poder soviético. En el prólogo de su libro señala:

Pude convencerme, que no me había engañado anteriormente, cuando he predicado en este país, que el proletariado de Rusia tiene en sus manos todo el poder para realizar su felicidad futura y va reuniendo los elementos para construir la sociedad comunista [...]. El proletariado de Chile recogerá de la lectura de este folleto, muchas enseñanzas para sus actividades futuras, que le permitan avanzar con éxito hacia el derrumbe del estado capitalista [...]. También quise convencerme si las condiciones del pueblo ruso eran más propicias para la revolución y para el comunismo que las condiciones en que se encuentra el proletariado de Chile para acometer la misma empresa y creo no engañarme si aseguro que al proletariado de Chile sólo le falta disciplinar un poco más su organización política y económica, para encontrarse en capacidad de realizar la Revolución Social (Recabarren 1923, 5).

La recomendación de “disciplinar un poco más” la organización equivale, incluso en el caso de Recabarren, a adoptar el modelo de partido bolchevique:

Por eso es que la Internacional Comunista, ante el resultado de esta experiencia, recomienda la formación de Partidos Comunistas, reducidos si se quiere en número, pero fuertemente disciplinados, cuya disciplina los capacite tanto para arrancar el poder de la burguesía como para organizar el Estado Proletario después (*Ibid.*, 39).

Pero Recabarren también argumenta que la clase obrera no puede lograr la abolición del sistema de explotación y opresión capitalista a través de elecciones parlamentarias: los bolcheviques demostraron cómo un partido disciplinado puede utilizar el momento adecuado de desorden y confusión de la clase capitalista para tomar el poder por la fuerza (*Ibid.*, 46). Debido a su composición heterogénea, los sindicatos

no pueden cumplir esta tarea. Para el autor, los anarquistas son los que se interponen en el camino de las medidas disciplinarias necesarias:

Los que se hacen llamar anarquistas hablan de que es inaceptable que haya un sistema de gobierno en Rusia, porque dicen que derrotado ya el régimen capitalista, no hay necesidad de gobiernos ni de ejércitos, demostrando con estas teorías o que son unos perfectos imbéciles o que son agentes del capitalismo que se valen de este pretexto para desprestigiar el nuevo régimen que se está organizando en Rusia (*Ibid.*, 66-67).

Los revolucionarios latinoamericanos, cuyos informes sobre la temprana Rusia soviética están disponibles en la actualidad, estuvieron de acuerdo en su evaluación positiva de lo que ya se había logrado en Rusia y vieron en ello una confirmación del concepto de partido de Lenin, al cual se posicionaron como partidarios. Sin embargo, una notable excepción fue el activista sindical de origen británico Tom Barker, quien representó a Argentina en el I Congreso de la Internacional Sindical Roja en Moscú en 1921. En una carta publicada, se defiende de la acusación de un grupo de “puristas” anarquistas de haber abandonado los principios sindicalistas. Por el contrario, durante todo el congreso defendió la autonomía del movimiento sindical, lamentablemente en una posición minoritaria, porque los sindicalistas de Europa no estaban dispuestos a mantener la separación e independencia de la organización política sindical y electoral: “pero ellos aceptaron la experiencia de los rusos como la última palabra en experiencia revolucionaria. Dijeron: ‘Los rusos tienen una revolución. ¡Nosotros no hemos tenido nunca una revolución! Ellos desataron la revolución. Ellos saben, nosotros no sabemos’” (Barker 2017, 77).

Tom Barker contrarrestó esta renuncia a un juicio autónomo con la idea de que la experiencia rusa era muy específica y, por lo tanto, no podía ser una directriz general:

En Rusia los sindicatos se han desarrollado recientemente. Son organizaciones post revolucionarias. Ellas no constituyen una resistencia contra la burocracia del Estado, pero sí son órganos de gobierno de

agencias de la producción únicamente. Su misión es tan diferente de la de los sindicatos de otros países, como el blanco lo es del negro, y Buenos Aires de Petrogrado [...] el Partido Comunista es la única organización en Rusia de magnitud e importancia. Así los rusos razonan bajo la adulación y halago de las delegaciones visitantes; que el Partido Comunista debe jugar y jugará un rol similar en todos los países. Y así, la gran mayoría del congreso decidió contra mi propia oposición que, como en Rusia, los partidos comunistas deben contralorear y marchar a la cabeza del movimiento sindical de los trabajadores para que tenga éxito la revolución (*Idem*).

En una etapa muy temprana, Barker, con un mandato argentino, criticó no sólo el papel de liderazgo absoluto del Partido Comunista –y de su sede mundial– en relación con los movimientos sociales independientes, sino también la transferencia del modelo revolucionario ruso a las acciones estratégicas de los comunistas en otros países. Esto también privó a los comunistas en los sindicatos de la oportunidad de promover sus objetivos en una gran internacional sindical junto con otras corrientes del movimiento obrero. Sin embargo, la mayoría de los representantes de los trabajadores de los países europeos y de América del Norte se sometieron voluntariamente a los bolcheviques legitimados por el éxito de su revolución.

No obstante, para un visitante atento de la Rusia soviética, era posible desarrollar una posición de solidaridad crítica y reconocer la contradicción entre las metas proclamadas de la revolución y la realidad rusa, incluso durante la vida de Lenin. Un excelente ejemplo es el libro *The Practice and Theory of Bolshevism* de Bertrand Russell, que presenta los resultados de su viaje a Rusia en el verano de 1920. Aunque Russell tuvo la oportunidad de hablar con Lenin y Trotsky, no se ve a sí mismo como su portavoz, sino que confronta sus declaraciones con lo que podría aprender de otras observaciones. Apenas puede haber dudas en su mente de que la proclamada democracia conciliar existe sólo en el papel y que todo el poder real está en manos del Partido Comunista. Se trata de una crítica fundamental que llega hasta el futuro,

quizás incluso prediciendo las deformaciones de Stalin y finalmente el fin de la Unión Soviética.

A corto plazo, Russell fue bastante comprensivo con las dificultades de la economía bolchevique de los primeros años, que fue determinada por la guerra civil y la resistencia campesina, y que Lenin trató de superar en 1921 a través de las medidas correctivas de su Nueva Crítica Económica. Pero fue precisamente porque entendía la situación peculiar de la Revolución rusa que surgió durante la confusión de la guerra mundial y porque reconoció sus inevitables circunstancias concomitantes, que se negó a transferir los principios de organización defendidos por los partidarios de Lenin a otros países. En opinión de Bertrand Russell, el camino hacia el socialismo, al que él también aspiraba, no lleva simplemente a cumplir con las directivas del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (CEIC).

El partido mundial y América Latina

Según la voluntad de Lenin y sus seguidores, la Komintern iba a ser el partido mundial unificado del proletariado internacional, al que incluso los bolcheviques estaban formalmente subordinados. Su fundación en enero de 1919 tuvo lugar sin la participación de delegados latinoamericanos e incluso en el II Congreso Mundial de la Internacional Comunista en 1920 sólo estuvo presente México, pero únicamente porque el indio M. N. Roy y un estadounidense representaron a México. En la lista de los veinte miembros no rusos del CEIC, aprobada por el congreso, no hay latinoamericanos (cfr. Nollau 1959, 55 y ss.).

En ese segundo congreso se adoptaron veintiún condiciones para la admisión de partidos en la Komintern, que posteriormente también fueron obligatorias para las solicitudes de América Latina y causaron numerosos conflictos. Exigían que la estructura de la Komintern se orientara hacia el “centralismo democrático” de los bolcheviques, lo que aseguraba la supremacía del ejecutivo central, incluida su prerrogativa de excluir a secciones de países enteros. También estipulaban la lucha implacable contra los rivales políticos en el movimiento obrero, especialmente contra los reformistas de todos matices, así como la obligación de construir una estructura ilegal paralela y llevar a cabo regularmente purgas dentro del partido.

Empero, ¿qué podría significar para los comunistas latinoamericanos una orientación basada en el ejemplo de la Revolución rusa, más allá de la observancia de las reglas de organización universalmente válidas? En un documento del CEIC de enero de 1921 titulado “Sobre la revolución en América. Llamado a la clase obrera de las dos Américas”,

América Latina ya se situaba en un contexto con la estrategia global del imperialismo estadounidense en ascenso; a pesar de la independencia formal, América del Sur se estaba convirtiendo cada vez más en una colonia de Estados Unidos como fuente de materias primas, de mano de obra barata y como mercado. Por otro lado, los partidos comunistas tendrían que forjar una alianza revolucionaria de la clase obrera, que era numéricamente débil, con las masas de campesinos pobres y jornaleros. “La revolución del proletariado y del campesinado pobre en cualquier país de Sudamérica provocará inmediatamente la intervención armada de Estados Unidos, que a su vez requerirá la intervención del proletariado estadounidense” (Löwy 1980, 86).

En una resolución del IV Congreso Mundial de la Internacional Comunista celebrado en 1922 sólo la clase obrera y los campesinos aparecen como clases revolucionarias, mientras que la burguesía de cada uno de los países de América del Sur se consideraba inseparable del imperialismo norteamericano. “Luchad contra vuestra propia burguesía y luchad contra el imperialismo yanqui, que es la culminación de la reacción capitalista” (*Ibid.*, 90). Se sugería a los comunistas de América Latina tomar una posición de enfrentamiento que excluyera cualquier compromiso con la burguesía –análoga a la posición de Lenin en 1917 y en contraste con la posterior construcción de un papel positivo de la burguesía nacional en el marxismo oficial soviético.

Desde 1927, la Komintern consideraba que las contradicciones entre las principales potencias imperialistas se intensificarían, lo que llevaría a una nueva gran guerra que también podría estallar en América Latina, donde el capital inglés y norteamericano aún luchaban por sus esferas de influencia. Esta guerra abriría nuevas oportunidades para los revolucionarios de América Latina, tal como la última guerra mundial lo hizo para los bolcheviques. Diez años después de la Revolución de Octubre, esta suposición llevó a considerar en particular a América Latina como un posible teatro de guerra y condujo a su redescubrimiento en el VI Congreso Mundial en 1928 por parte de la Komintern. Los funcionarios del aparato de la Komintern, que no eran latinoamericanos, habían adquirido sólidos conocimientos sobre el subcontinente, y entre

ellos destacó el suizo Jules Humbert-Droz, quien había trabajado en la sede de la Komintern desde 1921 y era responsable de América Latina en la secretaría. En la sesión del sexto congreso de la Komintern sobre cuestiones relativas a los países latinoamericanos, una vez más volvió a enfatizar su carácter semicolonial y analizó las consecuencias de la rivalidad entre Inglaterra y Estados Unidos por la supremacía. Siguiendo las ideas de Lenin, Humbert-Droz consideraba que la burguesía era incapaz de llevar a cabo su propia revolución democrática-burguesa, una tarea que por lo tanto recaía en el proletariado y su partido.

El sexto congreso de la Komintern en 1928 fue el primero y el último en el que se presentaron en detalle, así como se discutieron, de forma controvertida, los problemas fundamentales de la revolución en América Latina. Diez meses después, el primer congreso de los partidos comunistas de América Latina se reunió en Buenos Aires. Jules Humbert-Droz viajó a Argentina como representante de la Komintern —aunque ya había sido expulsado por Stalin como partidario de Bujarin y poco después perdió su puesto en la presidencia de la Komintern—. ⁴ Humbert-Droz retomó su anterior análisis de las consecuencias de la dependencia económica, pero refinó y profundizó el análisis de las clases, especialmente con respecto a los trabajadores agrícolas. Atribuyó la gran masa de los campesinos al proletariado y, por ende, pudo argumentar en favor de la revolución social en América Latina con una base considerablemente más amplia.

La posibilidad de una repetición de la Revolución de Octubre fue discutida en Buenos Aires en 1929, en particular con respecto a Colombia. Unos meses antes se había llevado a cabo una importante huelga en la zona bananera de Santa Marta, un enclave controlado por la United Fruit Company. El alcance y las razones del fracaso de la huelga fueron ampliamente discutidos en presencia y con la participación de importantes representantes del Partido Socialista Revolucionario (Meschkat

⁴ Humbert-Droz había atraído el odio particular de Stalin porque se resistió a su intervención en la lucha por la dirección del Partido Comunista Alemán. Allí Thälmann había sido depuesto por sus camaradas como líder del partido debido a que favorecía a un seguidor corrupto, y Stalin revocó esta decisión por su propia autoridad.

1980, 59-67). En este contexto, Humbert-Droz intentó relacionar la formación de los soviéticos con las luchas colombianas:

La palabra es de origen ruso y tengo la impresión que algunos camaradas se imaginan que es una cosa muy complicada para crear, que es una importación de otro ambiente, veamos las cosas prácticamente, tomando como ejemplo la huelga bananera. Existía en Colombia, un comité de huelga de 60 camaradas, representantes de los diversos sectores de la zona [...] En sus manos se concentró todo el poder de la huelga y, en un momento determinado, todo el poder de la región. Cuando los soldados fraternizaron con los huelguistas y ofrecieron sus armas, se los hubiese elegido para el comité central de los representantes de los soldados, y en el momento en que el poder civil y administrativo de la región había desaparecido, el Comité de Huelga hubiese podido decidir que todo el poder de la región pasara bajo la dirección del Comité de Huelga de obreros y soldados, ocupando los edificios públicos, creando en cada región, en cada centro de la zona, los comités locales, para dirigir, no solamente la huelga y la acción revolucionaria, sino toda la vida pública. He aquí el Comité de Huelga funcionando como un soviet, convirtiéndose en el soviet de la región. Eso no es muy complicado (*El movimiento revolucionario latinoamericano* 1929, 93).

Por consiguiente, los sovietes de este tipo no debían entenderse como imitaciones de un modelo ruso, sino como una expresión de un movimiento colombiano independiente. La memoria de la Revolución rusa tenía como objetivo proporcionar a los socialistas colombianos un medio de orientación para superar su dependencia de los especialistas en golpes de Estado burgueses. La consigna “Todo el poder a los sovietes” podría aplicarse de manera análoga al levantamiento en la zona bananera –no como un llamado a la creación de estructuras artificiales según un patrón ajeno, sino como una definición de tareas para los órganos revolucionarios ya existentes en forma de los comités de huelga de los obreros y soldados.

Tal referencia a la Revolución de Octubre, que al mismo tiempo expresaba una apreciación positiva de la experiencia latinoamericana, todavía era posible para un intelectual de la Komintern en 1929 –probablemente por última vez, ya que estaba desautorizado en Moscú—. Sin embargo, en ese momento esto estaba ligado a la convicción en la actualidad de la revolución, a la posibilidad real de convertir la próxima guerra imperialista en una guerra civil y así llegar al poder con un partido de revolucionarios decididos siguiendo el ejemplo de Lenin.

José Carlos Mariátegui, el pensador marxista más importante de América Latina, abogó por el concepto de un partido de masas que no se limitara a un núcleo de miembros ya probados y comprobados; por lo tanto, se opuso al renombramiento del Partido Socialista exigido por la dirección de la Komintern porque el término *comunista* podría en ese momento tener un efecto más bien disuasorio sobre los nuevos miembros. Esta diferencia de opinión no cambió el hecho de que Mariátegui consideraba necesario un partido de clase proletaria y estaba dispuesto a someterse a la disciplina de la Komintern (Mothes y Meschkat 2010, 193-237). Esto lo distinguió fundamentalmente de su gran oponente Haya de la Torre, quien se había convertido como líder estudiantil en Perú en portavoz del movimiento de reforma universitaria y compartía experiencias comunes con Mariátegui como organizador de universidades populares. Sin embargo, Haya estaba decepcionado por los partidos comunistas minoritarios existentes y se ofreció como líder de un nuevo movimiento latinoamericano llamado Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), que fundó en 1924 en el exilio en México. Con sus objetivos antiimperialistas, el APRA iba a ser de clase transversal y sobre todo incluiría a la pequeña burguesía.

En 1925, Haya de la Torre permaneció un tiempo prolongado en la Rusia soviética y buscó un acercamiento con la dirección de la Komintern. Se refirió repetidamente a Lenin y al modelo de la Revolución de Octubre, compartiendo el concepto de Lenin de que el partido es una herramienta disciplinada para la toma del poder. Pero el líder indispensable de una revolución transnacional ya no debería buscarse en Rusia: el mismo Haya de la Torre quería ser el jefe de un pequeño grupo de

luchadores decididos que debían preparar la ruptura revolucionaria con el viejo orden en el subcontinente. “No debemos desanimarnos: cinco rusos han sacudido el mundo. Somos veinte y podemos convulsionar a América Latina” (Haya de la Torre cit. en Mariátegui 1986). Dotado con alta autoestima, Haya de la Torre se convirtió en el primer protagonista del populismo latinoamericano que proclamó un antiimperialismo independiente que no quería subordinarse a un centro de Moscú. No obstante, en la estructura autoritaria del APRA se puede reconocer fácilmente la influencia del concepto de organización de Lenin. Pero mientras que el APRA alcanzó el estatus de un partido de masas a principios de los años treinta, los partidarios de la Komintern permanecieron aislados en la mayoría de los países latinoamericanos.

Este autoaislamiento de los comunistas estaba inicialmente conectado con el giro a la izquierda de Stalin bajo la consigna “Clase contra clase”. Esta determinación fue motivada sobre todo por la eliminación de los partidarios de Bujarin tildados de disidentes de derecha. Llegó a difamar a todos los opositores como “social-fascistas”, lo cual tuvo una desastrosa consecuencia en Alemania al impedir una unión con el Partido Socialdemócrata contra la amenaza nazi. En América Latina, en nombre de la pureza proletaria, preferentemente “reformistas” y “pequeños burgueses” fueron atacados como social-fascistas, incluyendo al APRA, que a su vez reaccionó con intensas polémicas anticomunistas. También en otros países las corrientes de una política independiente antioligárquica fueron consideradas por los comunistas como una competencia particularmente peligrosa, y por lo tanto fueron difamadas como cómplices del imperialismo –por ejemplo, el movimiento gaitanista en Colombia.

La reeducación de los cuadros de América Latina

Desde finales de los años veinte, jóvenes activistas políticos latinoamericanos de partidos que operaban como comunistas o de partidos que estaban destinados a ser incluidos en la Komintern fueron invitados a cursos de la Escuela Internacional Lenin, que existía desde 1926 (Köstenberger 2007). Los caminos para llegar a estudiar aquí eran bastante diferentes y a menudo parecían ser aleatorios. Por ejemplo, el joven sindicalista colombiano Guillermo Hernández Rodríguez, después de participar en las celebraciones del décimo aniversario de la Revolución de Octubre, permaneció en Moscú para seguir su formación, mientras que su compatriota Ignacio Torres Giraldo tuvo que huir de Colombia en 1928 y llegó a la escuela como exiliado forzoso (cfr. Jeifets, Jeifets y Huber 2004). Sin embargo, a veces los activistas prominentes de primera hora del partido no podían ser enviados a Moscú para su entrenamiento porque eran indispensables en sus países de origen.

El programa de entrenamiento de la Komintern tenía el objetivo de despertar y fortalecer la convicción entre los participantes de que todos los comunistas tenían que ser dirigidos por el cuartel general de un partido mundial que estuviera en posesión de la verdad revolucionaria del marxismo-leninismo, y que supiera cómo aplicarla a todos los países de manera vinculante. Las circunstancias de los estudiantes extranjeros, quienes vivían en estricto anonimato y aislados de la vida cotidiana de la población rusa normal, deberían contrarrestar una posible visión crítica de la realidad soviética. El encuentro con esta realidad tuvo lugar bajo estricta supervisión durante excursiones de varias semanas, visitando preferentemente los proyectos de prestigio de la construcción del socialismo.

Después de la expulsión de Bujarin en 1929, Stalin había asumido sin restricciones la dirección del aparato central de la Komintern. Desde entonces, la “lucha por el aumento de la parcialidad y la vigilancia en los estudios teóricos” también dio forma a los programas y materiales de enseñanza de la Escuela Internacional Lenin. “Había que luchar contra todas las desviaciones de la línea general del partido y la Komintern. El adoctrinamiento de la teoría del fascismo social, la condena incondicional de la oposición política y la apreciación de la construcción socialista fueron las preocupaciones más importantes de la formación de cuadros” (Köstenberger 2007, 299). Un rasgo específico de la estalinización, que incluso superó la disciplina organizativa exigida por Lenin, fue la introducción de la autocrítica ritualizada, y desempeñó un papel central en la preparación de los futuros funcionarios de la comitiva estalinista. En estudios recientes, sus mecanismos han sido analizados excelentemente, por ejemplo, en una monografía que compara la autocrítica comunista con la confesión católica (Unfried 2006). En las biografías de los revolucionarios colombianos hay un excelente material ilustrativo: en el caso de Ignacio Torres Giraldo se puede documentar exactamente cómo el recorrido desde la confesión de los errores cometidos lleva a una completa condena de la propia historia. La primera autocrítica, en la que Torres Giraldo explicó desde Moscú a sus compañeros en Colombia por qué tuvo que salir de su país apresuradamente y cómo clasifica retrospectivamente sus errores personales, no fue suficiente. Tuvo que escribir una segunda, mucho más aguda, y una última bajo el característico título “¡Liquidemos el pasado!”. En este alegato cruzó la línea de la autoincriminación, pues Torres Giraldo se acusó de haber actuado “objetivamente” al servicio del enemigo de clase (cit. en Meschkat y Rojas 2009, 617-625). El documento de 1932 fue un anticipo de los excesos posteriores en las confesiones de culpabilidad de los acusados en los juicios de Moscú de 1936-1938.

Hasta qué punto tal autohumillación podría atribuirse también al ambiente moscovita de la época puede iluminarse con una comparación con la compañera de vida de Ignacio Torres Giraldo. María Cano se enteró en Medellín de las acusaciones contra el antiguo gru-

po dirigente del Partido Socialista Revolucionario en un pleno del partido en julio de 1930, y le escribió al recién elegido secretario general del Partido Comunista Peruano. Admitió errores individuales, pero se defendió resueltamente y con dignidad contra la difamación de los hasta ahora reconocidos protagonistas del auge revolucionario de los años veinte, de los cuales era una de los miembros (Torres 1972, 150-166).

La renuncia ensayada al pensamiento crítico autónomo se mantuvo incluso cuando la dirección de la Komintern relegó la tesis del fascismo social en un segundo plano e hizo el giro hacia el frente popular. Pero esta corrección de la línea general no se basó en un análisis de ciertos fracasos, como el fallido levantamiento comunista de El Salvador en 1932 (Goldenberg 1971, 79-80), sino en el interés de la Unión Soviética de establecer amplias alianzas contra el fascismo, incluyendo sectores antifascistas de la burguesía, después de la toma del poder de Hitler. En el VII Congreso Mundial de la Internacional Comunista –y último– realizado en 1935, se declaró vinculante la nueva línea del Frente Popular. También en América Latina los comunistas ahora debían luchar por gobiernos del frente popular que fueran apoyados o compartidos por ellos. Esto significó la renuncia a los intentos de tomar el poder por medio de un golpe armado, siguiendo el ejemplo de la Revolución de Octubre. La única excepción fue Brasil, donde en 1935, con el apoyo de la Komintern, se intentó un levantamiento contra el presidente populista Getulio Vargas, que fracasó ya en sus inicios e incluso contribuyó a la consolidación de un régimen autoritario (*Ibid.*, 196-217).

En otros países, como Colombia por ejemplo, los comunistas apoyaron a los gobiernos burgueses-liberales invocando la línea del frente popular, y al hacerlo perdieron cada vez más margen de acción independiente (Meschkat 1980, 89-126). Sólo en Chile se estableció en 1938 un gobierno de frente popular según el modelo europeo, mas su historial es bastante ambivalente (Goldenberg 1971, 253-260). El giro que en un principio parecía táctico hacia la cooperación de clases bajo signos antifascistas recibió una justificación general en el marxismo-leninismo de Stalin: en los países coloniales y semicoloniales, una revolución na-

cional-demócrata solamente podía realizarse por etapas. El primer paso consistía en llevar al poder a un bloque de proletariado, campesinos, pequeña burguesía y burguesía nacional. Tal desviación de las posiciones de Lenin en 1917 siguió siendo válida, con algunas variantes, hasta el final de la Unión Soviética para los partidos comunistas orientados a Moscú y también en América Latina.

La primera prioridad fue siempre la defensa de la Unión Soviética y la expansión de su esfera de influencia, que se consideraba crucial para el progreso del socialismo. Esto condujo a la obediencia de todas las maniobras de la política exterior soviética, como los dos años del pacto de Stalin y Hitler entre el comienzo de la Segunda Guerra Mundial y la invasión de la Unión Soviética, cuando la justificación antifascista de la política de la Komintern desapareció repentinamente. Posteriormente, bajo los auspicios de la coalición antihitleriana, Stalin quiso hacer particularmente creíble la renuncia a las ambiciones revolucionarias del mundo cuando decretó la disolución de la Komintern en 1943.

Sin embargo, más importante que todos los cambios, a menudo abruptos, en la política de alianzas, es la adhesión de una gran parte de la izquierda latinoamericana a ciertas ideas organizativas y patrones de pensamiento que también han sido adoptados por los ideólogos de los regímenes progresistas de nuestro siglo. El punto de partida fueron ciertamente las veintiún condiciones para la admisión de partidos comunistas adoptadas en el Segundo Congreso General de 1920, una especie de quintaesencia de la sabiduría organizativa de Lenin. Cuando Stalin pudo afirmar su autocracia, la codificó en el marco de la religión estatal del marxismo-leninismo, que él mismo inventó, y la complementó con el ritual de la autocrítica.

A continuación, se resume cómo surgieron y se mantuvieron algunas de estas convicciones fundamentales en la izquierda latinoamericana, a pesar de todos los cambios en las condiciones y también más allá del fin de la Unión Soviética. Sin pretender ser sistemático o completo, cabe mencionar los siguientes aspectos:

- El monopolio de un partido único.
- La denuncia de las desviaciones.

- La devaluación de la propia historia de los movimientos revolucionarios.
- La absolutización de la lucha contra el imperialismo.
- La defensa incondicional de la Unión Soviética como sede de la revolución.

La posición de monopolio de un solo partido

En el centro de toda política comunista está la idea de la necesidad de un partido marxista-leninista construido sobre los principios del centralismo democrático. Debe corresponder a los principios de organización establecidos por Lenin, que otorgan poderes virtualmente ilimitados a una dirección que apela al proletariado. Después de la fundación de la Komintern, los partidos comunistas deben ser entendidos como secciones de una organización mundial que debe operar en un país dado, de acuerdo con las instrucciones de la oficina central. Aunque esto significa que los bolcheviques rusos no son formalmente más que una de estas secciones, están en el centro de la estructura de mando del partido mundial, cuyo cuartel general no se trasladó de Moscú a Berlín o París.

La denuncia de las desviaciones

Este aspecto era parte integral de la ideología estalinista. Aunque la marginación y difamación de los oponentes internos del partido ya desempeñaban un papel importante en la socialdemocracia de preguerra y, cada vez más, en los escritos polémicos de Lenin, sólo bajo el régimen de Stalin el “desviado” se convirtió en un enemigo que incluso tuvo que ser eliminado físicamente. El prototipo era el gran adversario Trotsky, y a fines de los años veinte el trotskismo se convirtió en la encarnación de todo el mal. Con la eliminación de Bujarin en 1929 se añadió la desviación de la derecha o reconciliación. La línea correcta del partido bolchevique tenía que ser constantemente defendida contra ambos peligros.

Sólo en la lucha constante contra las desviaciones los comunistas de todos los países podían tomar conciencia de su identidad y demostrarla, y tenían que luchar contra las desviaciones y los desvíos aun cuando estos no se hubieran manifestado todavía en los partidos particulares. Existe una llamativa carta de la oficina caribeña de la Komintern dirigida al Partido Comunista Colombiano el 8 de julio de 1932, pidiendo que dirigiera la lucha para denunciar el carácter contrarrevolucionario del trotskismo en todo el mundo, aunque no existían grupos trotskistas en Colombia (Meschkat y Rojas 2009, 709-710).

La subsunción de supuestas aberraciones ideológicas en los países particulares bajo las grandes desviaciones definidas por la Komintern caracterizó al comunismo latinoamericano a principios de la década de 1930. Aquí la etiqueta “pequeñoburguesa” se usó como una categoría de análisis de clase para marcar y estigmatizar puntos de vista divergentes, como lamentablemente ya era bastante común en las polémicas marxistas de la Segunda Internacional. A menudo fueron los intelectuales, es decir, la mayoría de ellos pequeñoburgueses, los que buscaron devaluar los argumentos de otros intelectuales con referencias a su afiliación de clase. El hecho de que muchos comunistas autoproclamados de la primera hora, como abogados y escritores, que debían ser asignados a la intelectualidad, a menudo desertaron con particular facilidad al “enemigo de clase”; se acomodó a esa clasificación tan simplista. Pero también había muchos intelectuales que se mantuvieron firmes y, por otro lado, había algunos activistas sindicales de la clase obrera que fueron cooptados por la clase dominante.

La consigna de la proletarización era particularmente problemática en su aplicación a América Latina, porque hacía pensar inmediatamente en un proletariado de fábrica, que en ese momento representaba una pequeña minoría entre la masa de los explotados del subcontinente. La proletarización como consigna no se refería a un proletariado realmente existente, sino al mito de una disciplina proletaria que equivalía a una sumisión a las instrucciones de la sede central. Se esperaba que los proletarios, aún no infectados y deformados por ninguna herejía, condujeran a una renovación del partido en el sentido de establecer la omnipotencia de Stalin y de los pequeños Stalin en los países y partidos en cuestión.

La devaluación de la historia de los movimientos revolucionarios

Sólo bajo Stalin se derivó del concepto del partido bolchevique que la historia de los movimientos revolucionarios antes del contacto con la Komintern debía ser considerada, en el mejor de los casos, como una prehistoria muy problemática y caracterizada por todo tipo de errores que necesariamente tenían que ocurrir debido a la ignorancia aún existente del marxismo-leninismo. Esto implicó dificultades especiales para los partidos latinoamericanos que anteriormente habían desarrollado su propia práctica revolucionaria y habían producido líderes independientes. Estos debían ser eliminados o, preferiblemente mediante una estancia de entrenamiento en Moscú, alineados bajo la directriz de la Komintern. La reconstrucción de un verdadero partido comunista presuponía que se superase a fondo una fase inicial de errores y cargas.

¿Qué iba a pasar con los antiguos dirigentes que habían emergido en la heroica fase inicial del movimiento revolucionario sin directrices de Moscú? En primer lugar, se les ofreció la oportunidad de continuar trabajando en el partido en una posición subordinada –siempre y cuando confesaran su culpa por los errores del pasado–. Estos errores pronto salieron a la luz y dejaron de lado los méritos. Aquellos que no se sometieron completamente y negaron toda la “culpa” de los errores del pasado sobre sí mismos fueron apartados. Esto es lo que ocurrió en Colombia con Tomás Uribe Márquez, quien había sido durante años la figura clave del Partido Socialista Revolucionario. Ignacio Torres Giraldo, su antiguo compañero de armas exiliado en Moscú, primero tuvo que distanciarse de él y finalmente renunciar a escribirle correspondencia para hacer creíble la ruptura con su propio pasado.

Esta estigmatización de los antiguos líderes parece haber sido de gran importancia para la cohesión de un partido estalinizado. También existieron procesos análogos en la mayoría de los demás partidos comunistas: en Chile fue Manuel Hidalgo, en Argentina Penelón, en Brasil el

legendario revolucionario Luis Carlos Prestes, quien después del fracaso de sus intentos de insurrección se adhirió al Partido Comunista y fue invitado a Moscú. Aquí, la abjuración del pasado llevaba rasgos adicionales del absurdo: el mismo Prestes, como comunista recién nacido de tendencias estalinistas, llamó a una campaña contra el prestismo. En Perú, el marxista más importante de América Latina, José Carlos Mariátegui, poco después de su muerte en 1930 fue descalificado por su resistencia a la fundación del Partido Comunista Peruano como partido de clase del proletariado. A partir de entonces, el mariateguismo fue apartado. También el fundador del comunismo en Chile, Luis Emilio Recabarren, fue excomulgado *ex post* por la Komintern en la década de 1930 como responsable de la supervivencia de puntos de vista oportunistas y socialdemócratas en el Partido Comunista de Chile. Análogo al luxemburguismo, el recabarrenismo se convirtió también en una ideología hostil.

Hacer absoluta la lucha contra el imperialismo

Desde el principio, el nuevo orden de la Rusia soviética estuvo amenazado por la intervención extranjera, no sólo por la ocupación alemana de grandes partes del país, sino también por la abierta intervención militar de potencias occidentales a favor de la contrarrevolución: Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos parcialmente exitosos por la paz y el reconocimiento estatal, el peligro persistente del imperialismo siempre se conjuró cuando los intereses políticos internos del grupo de liderazgo bolchevique lo exigían. Un clímax absurdo de tales acusaciones fueron los juicios de Moscú de los años treinta contra los antiguos protagonistas de la Revolución de Octubre: Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Bujarin fueron retratados como agentes secretos del imperialismo o incluso de la Gestapo. La censura de todo aquello que se consideraba una amenaza para los intereses bolcheviques fue tal que en los últimos días de la coexistencia pacífica continuó la di-

famación de los disidentes políticos nacionales. En el mejor de los casos se suponía que promovían los intereses del imperialismo sólo de forma “objetiva”, y en el peor de los casos lo hacían “a sabiendas”.

La defensa incondicional de la tierra de la revolución

42

La lectura de los primeros cuadernos de viaje de visitantes latinoamericanos a la Rusia soviética muestra hasta qué punto los sentimientos revolucionarios se equipararon con una idealización del país. Aunque esto puede haber sido comprensible en los años de la guerra civil como una defensa contra una ofensiva contrarrevolucionaria proveniente del exterior, la transfiguración de la Unión Soviética en la patria de todos los trabajadores continuó más intensamente en la década de 1930. En el caso de los funcionarios enviados a Moscú, que durante mucho tiempo estuvieron a merced de la vida cotidiana soviética, se debería asumir un mínimo de distancia crítica, dado el agudo poder de observación socio-crítico demostrado en sus propios países. El colombiano Ignacio Torres Giraldo, quien vivió más de cuatro años en Moscú (de finales de 1929 a principios de 1934), dejó notas autobiográficas (Torres 2005). Dichas notas testifican que un activista revolucionario de un país latinoamericano percibió la realidad rusa exactamente como fue presentada en la propaganda oficial: sólo veía los logros ejemplares de la construcción socialista que, en su opinión, se veían amenazados por el sabotaje de elementos hostiles, contra los que se requería una vigilancia extrema. Se unió sin reservas a la difamación de todos los opositores, incluso defendió los juicios del espectáculo de Moscú.

Tal percepción de la Unión Soviética y la Komintern como el centro omnisciente de la revolución mundial fue compartida también por aquellos comunistas de la primera hora que resistieron dignamente a la distorsión de su propia historia, como María Cano. Si la sede de la Komintern tomó una vez una decisión equivocada, esto sólo podía deberse

al hecho de que fue informado de manera incompleta o incorrecta, y posiblemente también fue víctima de un engaño deliberado por parte de elementos antipartidistas. No le correspondía al soldado de un partido leninista referirse a la disputa sobre la dirección de su organización mundial. Por supuesto, el exlíder del partido Tomás Uribe Márquez no recibió respuesta cuando se dirigió al jefe de la Komintern en una carta de varias páginas para llamar la atención sobre los errores de la dirección del partido colombiano y, significativamente, para exigir el envío renovado de una delegación de Moscú para la renovación del partido (Meschkat y Rojas 2009, 637-652). Aquí queda claro hasta qué punto incluso los disidentes, cuya eliminación correspondía a la lógica de la Komintern, seguían apegados a la convicción en la sabiduría y la omnipotencia de la sede central de un partido mundial del proletariado.

Esta sinopsis concluye la breve caracterización de algunos conceptos claves de la ideología del Partido Comunista, que fueron agudizados y codificados bajo Stalin, cuyas secuelas en la izquierda latinoamericana fueron seguidas de nuevo cronológicamente hasta el progresismo.

La izquierda latinoamericana en la Guerra Fría

¿Cómo afectó la disolución de la Komintern por parte de Stalin en 1943 al desarrollo de la izquierda en América Latina? A pesar de la desaparición del aparato de dirección internacional formal en Moscú, fueron las prioridades de la política exterior soviética las que continuaron determinando la orientación de los partidos comunistas. Vale la pena recordar la fase final de la Komintern, cuando bajo el auspicio del pacto de Stalin y Hitler entre 1939 y 1941 valía la consigna que todos los imperialismos, incluido el fascismo, eran iguales, y no había ninguna razón para que los comunistas continuaran la lucha contra el fascismo junto a las potencias imperialistas occidentales. Esto cambió abruptamente después del ataque de la Alemania nazi a la Unión Soviética y su inclusión en la coalición antihitleriana. Ahora los comunistas de América Latina tenían la tarea de apoyar y asistir activamente todos los esfuerzos de guerra de los Aliados –también en contra de los intereses particulares de los obreros, que, por ejemplo, mediante huelgas podían debilitar la lucha contra las Potencias del Eje–. En algunos casos se consideraba incluso perjudicial la existencia de los partidos comunistas: bajo ciertas circunstancias debían disolverse o al menos renunciar a denominaciones que apuntaban a la insurrección.

A partir del inicio de la Guerra Fría, los comunistas latinoamericanos deberían considerar nuevamente a Estados Unidos como principal enemigo para luchar contra lo que se consideraba innegablemente la potencia imperialista más poderosa. Los hechos de la política de Estados Unidos en su patio trasero latinoamericano siempre valían para confirmar esta visión del mundo. En 1954 tuvo lugar un golpe de Estado

en Guatemala, respaldado por la CIA, contra el presidente libremente elegido Jacobo Arbenz, quien, con el apoyo de los comunistas, abogó por una política moderada de reformas socialdemócratas. Este incidente tuvo consecuencias de gran alcance para la orientación política de muchos militantes de izquierda. El joven Ernesto “Che” Guevara, que presenció el golpe durante una estancia de varios meses en Guatemala, escribió en una carta que “sólo con la disolución del ejército puede comenzar verdaderamente la democracia” (Castañeda 2004, 91). Guevara estaba convencido de que el régimen podría haberse salvado mediante la resistencia armada de las milicias populares. Sobre la base de tales experiencias, el Che buscó entonces el contacto en México con los revolucionarios cubanos que se preparaban para la lucha armada contra una dictadura sumisa a Estados Unidos en su país.

La Revolución cubana ofreció nuevas posibilidades de orientación para la izquierda latinoamericana. En el relanzamiento poco entusiasta de un organismo de coordinación de los partidos comunistas llamado Kominform (1946-1956), la reorganización de Europa por parte de Stalin había estado en primer plano; América Latina desempeñaba un papel más bien subordinado. Los partidos comunistas de América Latina se encontraban en gran medida abandonados cuando se trataba de tomar decisiones sobre cuestiones estratégicas controvertidas: por ejemplo, su relación con el peronismo en Argentina o su relación con las principales fuerzas que estaban detrás de la revolución de 1952 en Bolivia.

La fusión del Movimiento 26 de Julio liderado por Fidel Castro con el Partido Comunista Cubano, que había sido purgado de sus cuadros incondicionalmente leales a Moscú, creó una fuerza política cuyas ambiciones se extendían más allá de la isla. La Habana se convirtió en la capital de la revolución mundial entre 1960 y 1968, afirma acertadamente el historiador alemán Michael Zeuske (Zeuske 2004, 201).

Sin embargo, la política exterior de Cuba dependía en gran medida de la Unión Soviética, lo que se hizo evidente en 1962 con motivo del despliegue y posteriormente de la retirada de los misiles nucleares soviéticos de la isla. De todas maneras, la cúpula de la dirigencia cubana intentó romper su aislamiento promoviendo actividades guerrilleras en

otros países de América Latina y África, abriendo así perspectivas revolucionarias mundiales, acompañadas de un compromiso de solidaridad internacional con el Frente Nacional de Liberación de Vietnam. En la Conferencia Tricontinental de 1966 y la posterior fundación de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS) en 1967, el contraste entre las posiciones soviéticas y cubanas se hizo muy evidente: con la insistencia en la prioridad de la lucha armada, se perfilaba una línea castrista. Los conflictos con la reivindicación de liderazgo de parte de Moscú eran inevitables, pero debían mantenerse dentro de los límites en vista de la creciente dependencia económica de Cuba del Bloque del Este.

Los ataques de guerrillas al estilo cubano habían sido contenidos o liquidados con bastante rapidez en varios países de América Latina con la ayuda de Estados Unidos. El problemático intento de Ernesto Guevara de lanzar una ofensiva revolucionaria desde Bolivia que se extendería a todo el subcontinente estaba condenado al fracaso desde el principio, y terminó con la muerte del Che en 1967. El hecho de que Fidel Castro aprobara la invasión de Checoslovaquia por las tropas del Pacto de Varsovia en agosto de 1968 marcó el comienzo de una adaptación cada vez mayor a la política soviética de la era de Brézhnev, así como una adopción gradual del modelo soviético de Estado y economía socialista. Esta adopción se aceleró en 1970, cuando el gobierno cubano no logró su objetivo de una cosecha récord de diez millones de toneladas de azúcar, a pesar de una campaña sin precedentes.

Diez años después de la entrada triunfante de los guerrilleros victoriosos en La Habana, el modelo cubano de la lucha armada había perdido parcialmente su papel de guía para la izquierda latinoamericana. El propio Fidel Castro dirigió su atención a países donde líderes progresistas llegaron al poder por otros medios, como Perú y Chile a donde viajó en la segunda mitad de 1971. En Perú, Velasco Alvarado había establecido en 1968 un régimen militar que se declaraba revolucionario. Nacionalizó sectores claves de la economía y llevaba a cabo una amplia reforma agraria. Además, recibió apoyo de la Unión Soviética, entre otros, mediante el suministro de armas. En Chile, por su parte, Salvador Allende se convirtió en presidente del país a través de elecciones demo-

cráticas y libres que ganó la coalición de la Unidad Popular, y en la que el Partido Comunista de Chile desempeñó un papel destacado. Terminó con el golpe de Estado de Pinochet respaldado por Estados Unidos el 11 de septiembre de 1973. El derrocamiento de Velasco Alvarado por un general derechista también acabó con el régimen militar progresista en Perú en 1975.

En la mayoría de los países de América Latina comenzó de este modo un periodo de varias décadas de dictaduras militares, sólo interrumpido por la sorprendente victoria en 1979 de los sandinistas en el pequeño país de Nicaragua. Sin embargo, el desgaste de la lucha contra los terroristas contrarrevolucionarios, apoyados abiertamente por Estados Unidos, terminó después de un decenio en el poder con la derrota electoral del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). La revolución sandinista quedó como un episodio. En 1994 parecía que el levantamiento zapatista en Chiapas iba a abrir nuevas vías de subversión del poder central del Estado, pero a pesar del eco mundial, siguió siendo regionalmente limitado y no pudo cambiar la política de México. En las dos últimas décadas del siglo xx, América Latina se convirtió en el escenario donde se instalaba el neoliberalismo radical, lo que trajo consigo un creciente empobrecimiento de la mayoría de la población, que en ocasiones se tradujo en colapsos catastróficos, como el de Argentina en 2001.

Venezuela: inicio del giro a la izquierda

El contramovimiento frente a los excesos del neoliberalismo comenzó en Venezuela con un espectacular alejamiento de muchas de las prioridades políticas y sociales que habían estado vigentes hasta entonces. Venezuela, con sus inmensas reservas de petróleo, es un país excepcional en el cual aparecen de manera ejemplar los problemas económicos de una economía rentista. Pero también fue, en términos políticos, una excepción durante las décadas de dominio de las dictaduras latinoamericanas: desde el derrocamiento del dictador Pérez Jiménez en 1958, dos grandes partidos se han alternado en el gobierno, respetando en gran medida las reglas de una democracia representativa basada en el modelo norteamericano o europeo occidental. Por lo tanto, en la década de 1980, los estudios de la ciencia política prevaeciente en Estados Unidos retrataron a Venezuela como un país democrático modelo en un subcontinente que de otra manera estaría subyugado por las dictaduras:

Venezuela ahora muestra un orden político democrático efectivo; la democracia de masas más antigua y estable de Sudamérica. Desde 1958, los venezolanos han construido un sistema político caracterizado por una alta participación, un fuerte liderazgo, continuidad institucional y una competencia genuina y generalizada. El poder se ha transferido pacíficamente en seis elecciones nacionales consecutivas, con el partido de la oposición derrotando y reemplazando al gobierno en cada una de las últimas cuatro ocasiones (1968, 1973, 1978, 1983) (Levine 1989, 247).

Entretanto, en esta democracia representativa, la mayoría de la población no gozaba de la posibilidad de participar de manera adecuada en los ingresos que el Estado obtuvo de las exportaciones de petróleo. El incesante crecimiento de los barrios marginales en las ciudades más grandes era una señal visible de problemas sociales no resueltos. Un estallido eruptivo ocurrió en 1989, cuando el presidente socialdemócrata Carlos Andrés Pérez, al iniciar su segundo mandato, trató de implementar inesperadamente un programa de austeridad en línea con los requisitos del Fondo Monetario Internacional (FMI). El brusco aumento del costo del transporte urbano tuvo repercusiones inmediatas para las personas de bajos ingresos. Hubo una rebelión espontánea: los residentes de los barrios marginales saquearon en los barrios de los más acomodados. El levantamiento fue aplastado violentamente por el gobierno con el despliegue de las fuerzas armadas. Según las cifras oficiales, murieron 276 personas, pero las estimaciones no oficiales indicaron cifras mucho más elevadas. Incluso después de contener el saqueo, los soldados siguieron procediendo con extrema brutalidad en los barrios populares. El Caracazo fue una verdadera masacre, sin embargo, apenas fue percibida por la opinión pública mundial. La responsabilidad final cayó en un presidente libremente elegido, quien incluso había destacado como suplente de Willy Brandt en la Internacional Socialista.

Entre los oficiales de las fuerzas armadas que tuvieron que encabezar la misión de aplastar la rebelión en la capital en 1989, se encontraba el joven coronel Hugo Chávez. No obstante, debido a una enfermedad se libró de la obligación de ejercer personalmente funciones de mando en ese momento. Ya se había politizado antes, pero la experiencia del Caracazo dio otro impulso para la organización de un grupo de militares críticos con el régimen. En el caso de Chávez, se fortaleció su convicción de que le correspondía a los funcionarios cercanos al pueblo tomar medidas contra un gobierno ineficiente y represivo, aunque hubiera llegado al poder a través de elecciones. Un modelo que enfatizó positivamente fue el gobierno militar revolucionario de Velasco Alvarado en Perú, a quien él mismo había conocido en 1974 (Chávez 2014, 260-262). Aunque Chávez tenía contactos con grupos de izquierda, no quería unirse a ninguno

de estos pequeños partidos que estaban en competencia, sino más bien tomar la delantera él mismo en una organización cívico-militar que se suponía debía aparecer con un programa antiimperialista y la promesa de mejorar las condiciones de vida de la mayoría de la población.

En respuesta a las prácticas cada vez más corruptas del gobierno de Carlos Andrés Pérez, Chávez y algunos miembros afines del cuerpo medio de oficiales dieron un golpe de Estado el 4 de febrero de 1992, que fracasó debido a errores tácticos y a la falta de apoyo de la cúpula de la jerarquía militar. No obstante, a través de un discurso televisivo en el que anunció el fracaso y llamó a los que aún estaban luchando a dejar las armas, Hugo Chávez logró crear un alto destacado y se distinguió como una esperanza futura. Después de dos años de prisión, Chávez pronto decidió, en contra de su opinión anterior y de la resistencia inicial de la mayoría de sus compañeros de armas, tomar un curso de acción diferente: participar en las elecciones presidenciales como candidato en una coalición que se iba a formar especialmente para esta ocasión. Sin embargo, el objetivo seguía siendo el mismo: la convocatoria de una asamblea constituyente de la que surgiría una república renovada con una democracia ampliada, no una dictadura militar. Hugo Chávez fue elegido presidente del país en 1998 a través de elecciones democráticas, y luego pudo instalar una asamblea constituyente elegida a través de un plebiscito, que puso en marcha un proceso constitucional.

Procesos constitucionales en América Latina

Después de revoluciones victoriosas, redactar constituciones sirve a veces para legitimar retrospectivamente las nuevas relaciones de poder. Pero en el caso de los “procesos constitucionales” que tuvieron lugar en algunos países andinos a principios de siglo, se trata de algo diferente. Los procesos constitucionales en estos países fueron intentos de encontrar maneras de salir de situaciones de crisis postulando los cambios económicos, sociales y políticos que se iban a instalar como normas constitucionales. De esta manera, un nuevo orden surgiría a

largo plazo de una victoria electoral coyuntural. Con una amplia participación de la población, el debate constitucional puede ser en sí mismo un momento de movilización y concienciación social. El texto de una constitución redactada de esta manera sirve como una invitación permanente para traducir las disposiciones constitucionales en políticas que cambien la sociedad.

A pesar de esto, una nueva constitución por sí sola no crea una nueva sociedad, no cambia el equilibrio social de poder. Esto ya había quedado claro de manera inquietante en un país que en 1991 comulgó una nueva constitución que en ese momento era considerada la más progresista de Sudamérica: Colombia. En una situación de crisis permanente, cuando el Estado se vio sacudido por los golpes de los violentos narcotraficantes y, además, dos grupos guerrilleros de izquierda que existían desde los años sesenta dominaban gran parte del país, grupos de intelectuales democráticos quisieron elaborar una nueva constitución que ofreciera a los colombianos alternativas a la confrontación violenta.

También participaron algunos líderes de la efímera formación guerrillera M-19, que previamente habían regresado a la vida civil después de exitosas negociaciones de paz. En todo el país se discutió el proceso constitucional, cuya metodología y objetivos estaban destinados a extender la democracia. Esto se reflejó, entre otras cosas, en el hecho de que la constitución concedió derechos colectivos particulares a la población indígena y afrocolombiana anteriormente discriminada, incluida la representación garantizada con dos senadores en el Congreso. Pero las fuerzas del viejo orden eran más fuertes que la nueva constitución, y fueron fortalecidas aún más por la intervención permanente de Estados Unidos, que se instaló inicialmente bajo el pretexto de la lucha contra las drogas y más tarde como parte de la lucha mundial contra el “terrorismo”. Sin embargo, a largo plazo los complicados caminos de las negociaciones con la guerrilla también se vieron facilitados por el hecho de que las fuerzas de paz pudieron invocar la Constitución de 1991.

Mucho más importante fue, sin embargo, la nueva Constitución de Venezuela, que fue redactada poco después de la espectacular victoria electoral de Hugo Chávez en 1999. Con el renombramiento del Esta-

do como República Bolivariana de Venezuela anunció el comienzo de una nueva era. Al tiempo que mantiene un fuerte poder estatal central, ofrece más posibilidades de iniciativas autónomas a nivel de base. En algunas de sus disposiciones va más allá del alcance de una democracia liberal-representativa, que a menudo tiene como objetivo liberar a los representantes electos de la presión de su propia base: desde el modelo de una democracia de consejo asume la revocabilidad de los representantes electos del pueblo hasta el presidente, que puede ser revocado por una mayoría cualificada a partir de cumplir la mitad de su mandato.

Durante las deliberaciones constitucionales, se libraron controversias sociales, que en su mayoría condujeron a compromisos viables en el texto constitucional que finalmente fue sometido a votación. No obstante, en el caso del derecho a la vida, la Iglesia católica y los grupos feministas se enfrentaron de manera irreconciliable, lo cual terminó en la revocación de una concesión a la Iglesia y las feministas pudieron afirmar su derecho a decidir sobre su cuerpo. Igualmente, el grado de reconocimiento de los derechos de los pueblos indígenas, que representan una minoría de la población de Venezuela, era controvertido. No sólo se les concedió la preservación de sus propias lenguas y formas de organización, sino también un espacio vital, áreas “que habitan de manera ancestral y tradicional” (Constitución de Venezuela 1999, artículo 119). En consecuencia, los derechos del Estado se restringieron: “El aprovechamiento de los recursos naturales en los hábitats indígenas por parte del Estado se hará sin lesionar la integridad cultural, social y económica de los mismos e, igualmente, está sujeto a previa información y consulta a las comunidades indígenas respectivas” (artículo 120).

La Constitución de Venezuela de 1999 prevé expresamente el fortalecimiento de la participación política, abre el camino a una amplia variedad de iniciativas ciudadanas y empresas comunales. De esta manera, va más allá de un orden determinado únicamente por las elecciones libres y el pluralismo de los partidos, sin renunciar a las garantías constitucionales indispensables contra el dominio arbitrario del ejecutivo. El compromiso constitucional, fruto de duras negociaciones, da al presidente electo un margen de maniobra para una política

de reformas de izquierdas, que debería permitir una mejora duradera de la situación material de la mayoría de la población. Así, la Constitución venezolana se convirtió en el modelo para las constituciones posteriores de Bolivia y Ecuador, que ponen aún más énfasis en los valores de un sistema económico basado en las tradiciones indígenas y conceden derechos inalienables a la naturaleza. Las constituciones de estos países andinos están, sin duda, entre las más progresistas del mundo, aunque sólo sea porque llaman a la lucha contra la continua destrucción del medio ambiente.

Perfiles de la Revolución bolivariana

Aunque Chávez hablaba de la Revolución bolivariana, no se trataba de una ruptura radical con el orden político, en el sentido de quebrantar el viejo aparato del Estado. Como oficial de las fuerzas armadas, el propio Chávez fue un funcionario de ese Estado institucionalizado, que él valoraba mucho –estaba lejos de su intención abolir y reemplazarlo con milicias populares–. En el mejor de los casos, ocupó ciertos puestos con sus seguidores, como es habitual en los cambios de gobierno anteriores, y, mediante el conocimiento íntimo de su propia institución, hacer uso de ella con previsión para eliminar posibles rivales u oponentes. En este ámbito, a pesar de toda su retórica revolucionaria, se comportó como un pragmático, así como en general a la hora de utilizar los poderes presidenciales para implementar medidas de reforma con un sesgo socialdemócrata.

El margen para iniciativas desde abajo aumentó durante los primeros años de gobierno de Chávez; esto se aplicó, por ejemplo, en el caso de las “mesas de agua” para el diseño y control local, así como regional, del suministro de agua. Asimismo, fueron de gran importancia los Comités de Tierra Urbana, a los que, en cooperación con las autoridades estatales recién creadas, se les asignó la regulación de la titularidad del terreno especialmente en los barrios pobres que surgieron debido a la apropiación ilegal. Fue esta interacción de iniciativas, inicialmente bastante autónomas, con el poder central del Estado, encabezado por Hugo Chávez, la que originó el surgimiento y fortalecimiento del chavismo como movimiento anclado en la población. Esto también explica el fracaso del golpe contrarrevolucionario de 2002, que pretendía sacar a

Hugo Chávez del poder (Twickel 2006, 181-225). Además, Chávez pudo imponerse a una huelga posterior, que paralizó temporalmente la demanda petrolera, y destituir a la gerencia de la empresa petrolera estatal Petróleos de Venezuela (PDVSA), que operaba en su contra, mediante despidos masivos.

Así, todas las condiciones parecían darse para poner en manos del presidente el control sobre el excedente de la explotación de las riquezas naturales del país. Pero su distribución no debía recaer en su mayor parte en el viejo aparato estatal. De manera que Chávez aplicó un método en el manejo del aparato estatal establecido que reducía los peligros de que la burocracia frenara el proceso o lo saboteara. Simplemente lo dejó de lado y creó nuevas instituciones para lograr un cambio rápido: las llamadas misiones que operan al estilo de las campañas a gran escala en los ámbitos de la salud, la educación o el suministro de alimentos básicos. En muchos de estos ámbitos, hay una participación activa de los beneficiarios de las mejoras sociales hasta un papel de apoyo en la configuración de las medidas iniciadas desde arriba, cuyo alcance, sin embargo, siempre depende de la financiación con los fondos centrales.

A través de este enfoque, el régimen de Hugo Chávez adquirió un perfil independiente como proyecto de reforma, lo que se titula con reminiscencia histórica como Revolución bolivariana. En retrospectiva, esta fórmula deliberadamente vaga pudo dar como resultado una ventaja: con los ecos históricos, la novedad podía ser tomada en consideración primero sin que el tipo de continuación parezca estar predeterminado por legalidades históricas. Sin embargo, en los primeros años de la presidencia de Chávez, la formación de un nuevo orden con capacidad de desarrollo se topó con una resistencia inquebrantable no sólo de las fuerzas políticas anteriormente dominantes, sino también de la mayoría de los representantes de una intelectualidad de izquierda, que nunca le perdonó al advenedizo de las capas militares su intento de golpe de Estado en 1992, y que no quiso aceptarlo como protagonista de una nueva izquierda. Así, por ejemplo, el clima político en las principales universidades del país permaneció en su mayoría hostil a Chávez, y desde el principio hubo una polarización estéril que bloqueó tanto a

los partidarios como a los opositores para entender mejor el chavismo (Meschkat 2005).

No obstante, en un corto periodo de tiempo se lograron progresos sociales visibles, lo que hizo que Hugo Chávez siguiera cosechando éxitos en las elecciones libres. En 2004 ganó un referéndum de destitución que la oposición presentó en su contra, fundado en acusaciones de abuso de poder. Animado por esta victoria, proclamó el nuevo lema del “socialismo del siglo XXI”, probablemente primero en el Foro Social Mundial de 2005. En ese momento, este anuncio fue percibido por muchos admiradores internacionales del giro a la izquierda en América Latina como un gran paso adelante. Después de que la Revolución cubana había perdido gran parte de su antigua gloria, aun sobreviviendo al colapso del bloque de poder soviético, había ahora nuevas razones para asociar de nuevo las esperanzas revolucionarias del mundo con América Latina.

Sin embargo, la forma en que se introdujo el nuevo término para denotar la Revolución bolivariana fue problemática. No fue el resultado de intensas discusiones con la participación o incluso bajo la presión de las organizaciones de base asociadas con Chávez y/o científicos sociales críticos. El lema “socialismo del siglo XXI” surgió más bien como la inspiración del gran líder revolucionario, que en sus apariciones televisivas dominicales *Aló Presidente* se presentaba cada vez más como un heraldo de nuevas ideas y verdades.

Lo que la nueva fórmula estaba buscando se hizo muy claro cuando Chávez llamó a la fundación del PSUV en 2006. En retrospectiva, esto marcó un punto de inflexión en la historia de Chávez, porque el respeto inicial por la toma de decisiones autónomas de las organizaciones de base se convirtió en el apoyo a la autoridad incuestionable del presidente, a través de un monopolio *de facto* de un partido que apoyaba al Estado y estaba comprometido con él.

En su largo discurso del 21 de diciembre de 2006 sobre el PSUV, se encuentran los elementos esenciales de la ideología de Hugo Chávez con los que quería fundar un socialismo del siglo XXI. Estos elementos están insertados en mensajes autobiográficos abiertos y francos que revelan

y explican en gran medida los motivos de sus acciones. Desde luego no faltan los múltiples llamamientos a Simón Bolívar, que fue vergonzosamente traicionado al final de su vida, y también a Jesucristo, que fue retratado como un revolucionario social. Es particularmente llamativa la manera de enfatizar las similitudes en el pensamiento y en los sentimientos con Fidel Castro. Esto, por supuesto, plantea la pregunta ¿qué relación guarda el socialismo del siglo XXI que proclamaba Chávez con esa variedad de marxismo-leninismo que representaba el liderazgo cubano y que obviamente pertenece más al siglo XX?

Con el énfasis en la prioridad de la lucha armada, el castrismo ha tratado en ocasiones de afirmar su independencia con respecto a la ideología comunista vinculante de la Unión Soviética durante el periodo de la coexistencia pacífica. Sin embargo, ni Fidel Castro ni “Che” Guevara cuestionaron seriamente el estalinismo, sus raíces y su continuación. Desde los años setenta, Cuba ha adoptado el modelo soviético casi por completo, no sólo en la política económica sino también en la construcción de instituciones políticas. Esto se aplica sobre todo en cuanto al papel de liderazgo del Partido Comunista, que había surgido en los años sesenta a través de la fusión del Movimiento 26 de Julio con el partido. Como en todos los países del Bloque Oriental, se estaba desarrollando un sistema integral de gobierno por un partido único; además, todos los órganos estatales están sujetos a un control permanente por parte del partido, que instauró para este fin un elaborado aparato burocrático.⁵

Aunque Hugo Chávez subrayó repetidamente la singularidad de su revolución recurriendo a Simón Bolívar y a la historia de Venezuela, la fórmula del socialismo del siglo XXI planteaba la cuestión de su relación con el modelo cubano, sobre todo en vista de sus numerosos encuentros con Fidel Castro y de su proximidad ideológica que exhibía frecuente-

⁵ La afirmación de que el Partido Comunista de Cuba se caracteriza por estructuras independientes que representan una forma superior de democracia sólo podría ser verificada por estudios empíricos, pero esto es difícilmente posible en Cuba. El funcionamiento concreto del partido no es objeto de investigación en ciencias sociales allí; si se excluye esta dimensión, las publicaciones sobre el “poder popular” en Cuba tienen un valor muy limitado, según Harnecker (1979).

mente. El que considerara a Cuba como una democracia superior se demuestra, por ejemplo, en la siguiente cita pronunciada en una emisión de *Aló Presidente*, transmitida desde Cuba el 21 de agosto de 2005: “Una dictadura es otra cosa. Aquí hay un sistema de democracia revolucionaria que es algo diferente, no la clásica democracia occidental que nos han impuesto, no, es una democracia revolucionaria... hay una democracia desde abajo” (Chávez 2005).

No se puede examinar aquí más a fondo si la adhesión de Chávez a las posiciones leninistas –y en qué medida– también fue promovida por la participación de activistas o simpatizantes del pequeño Partido Comunista. Sin duda, confidentes particulares, como Alí Rodríguez Arate, legitimado por un pasado lejano en el Partido Comunista y por muchos años de actividades guerrilleras, jugaron un papel importante para Hugo Chávez. Algunos intérpretes marxistas de una tendencia particular, por ejemplo Heinz Dieterich o Martha Harnecker, firmaron durante algún tiempo como asesores, pero su influencia duradera fue sobrestimada (Twickel 2006, 285). Con respecto a Cuba, Chávez mostraba una cierta ambivalencia: por un lado, le gustaba aparecer al lado de Fidel Castro como su sucesor y heredero latinoamericano, y, por otro lado, el proclamado socialismo del siglo XXI se consideraba una creación independiente y no simplemente la continuación del camino cubano.

Pero si el paso hacia el PSUV realmente equivalía a una imitación del modelo cubano, quedaba en última instancia abierto. Aunque Chávez quería juntar en el nuevo partido a todos los partidarios de su Revolución bolivariana, no cuestionó fundamentalmente la constitución fundada en una democracia liberal-representativa con su pluralismo de partidos. Aunque inicialmente quería excluir del gobierno a partidos como el Partido Comunista (que en vista de la nueva constelación no podían decidir disolverse), se retractó de nuevo de esta posición y permitió así un cierto pluralismo en el campo revolucionario, sin renunciar a su propia reivindicación absoluta de liderazgo.

Este reclamo de autoridad resultó de la identificación afirmada de Chávez (a quien le gustaba hablar de sí mismo en tercera persona) con su “pueblo”. También los votos que anteriormente recaían en los partidos de

su coalición no debían ser atribuidos a estos partidos, sino a Chávez. En cuanto a la estructura interna del nuevo partido, Chávez se refirió a sus antecedentes en la campaña electoral, que le acababa de facilitar una victoria convincente. Allí sus partidarios estaban organizados en formaciones cuasimilitares, que incluso se llaman así: 11 000 batallones, 32 800 pelotones (comandos) y 3 850 000 escuadras (tropas) habían estado activos. A partir del día siguiente, sus comandantes debían unir a las buenas tropas, es decir, al pueblo (“Discurso de Hugo Chávez de Dic. 16” 2006).

Hay razones convincentes para pensar que las deformaciones autoritarias en el chavismo no sólo son atribuibles a su sucesor, sino que ya en 2005-2007 se impusieron con la creación de un partido único socialista. El hecho de que el propio Chávez socializó políticamente en un grupo de oficiales rebeldes y siempre justificó –y hasta glorificó– su intento de golpe Estado en 1992 puede jugar un papel importante: la disciplina militar era considerada un alto valor y una clara estructura de mando, con él mismo en la cima de una jerarquía claramente definida, fue siempre un sello distintivo de su política. Muchos de sus partidarios estaban de acuerdo cuando decidieron disolver sus formaciones partidarias a favor del partido único emergente, sin siquiera esperar a que se formara una voluntad entre sus propios miembros. La sentencia de Hugo Chávez tenía que bastar.

Sin embargo, tres partidos más pequeños, entre ellos el Partido Comunista, se opusieron a la autodisolución, deseando mantener su independencia organizativa. Igualmente, intelectuales de izquierda, que habían apoyado al régimen en su fase inicial a través de una cooperación constructiva, lanzaron críticas por la fundación de un partido único. En este contexto, cabe destacar una declaración de Edgardo Lander del 25 de diciembre de 2006, que se publicó en su momento en el sitio web de izquierda *Aporrea*. Desde el titular, Lander planteó la pregunta de si la rápida fundación del partido no ahogaría las discusiones sobre el socialismo que apenas habían comenzado: nadie debería remitirse a un nuevo socialismo del siglo XXI que no haya ganado claridad sobre las razones del catastrófico fracaso de los autodeclarados regímenes socialistas del siglo XX. El partido oficial está en el centro del problema: “La experien-

cia histórica sugiere con contundencia que la identidad Estado-partido no es la vía que conduce hacia la democracia” (Lander 2006). En lugar de usar su convincente victoria electoral como una oportunidad para abrir una discusión sobre esto, Chávez simplemente anunció la fundación de un partido único, que incluso debe su nombre a su inspiración, con las siguientes palabras: “Declaro hoy que voy a crear un partido nuevo. Invito a quien me quiera acompañar a venirse conmigo...” (*Idem*). Lander encuentra aún más perturbadora que tal proclamación, segura de sí misma, la reacción de algunos partidarios que inmediatamente transfirieron sus grupos al PSUV sin discusión. Como caso extremo cita la declaración de una chavista radical: “Mi comandante ordena y nosotros acatamos. [...] ¿Quién soy yo para fijar condiciones a las decisiones del segundo Libertador de la República, del Mesías que envió Dios a Venezuela para salvar al pueblo?” (*Idem*).

Para Lander, en ese momento surgieron preguntas inevitables: ¿tiene sentido la creación de un partido socialista si la idea del socialismo deseado no se elabora primero colectivamente? ¿Qué futuro espera un partido en términos de pluralidad y democracia si su creación se ha decretado de esta manera? Se trata de encontrar un equilibrio entre el liderazgo actualmente insustituible de Hugo Chávez y la discusión pública de una amplia gama de diferentes puntos de vista sobre cómo llegar a una sociedad alternativa. Después de todo, el clima político es extraordinariamente favorable para dar cabida a este tipo de debates: “Mucho tendremos que lamentar en el futuro si no se aprovecha adecuadamente esta oportunidad” (*Idem*).

Hugo Chávez tomó el camino opuesto para acelerar la transformación de Venezuela, siguiendo sus inspiraciones a menudo espontáneas y bajo su liderazgo. El PSUV, que se estableció rápidamente, alcanzó en pocos meses varios millones de afiliados. Casi al mismo tiempo se creó con el establecimiento simultáneo de Consejos Comunales una especie de organización estadual paralela, análogo a la coexistencia de las misiones con los ministerios y organismos administrativos responsables de estas áreas de trabajo. Stefan Peters ha resumido sucintamente las particularidades de estas nuevas estructuras políticas:

Los Consejos Comunales son instancias políticas democráticas de base que operan a nivel de barrios autodefinidos, deben constituirse y registrarse de manera independiente. Se inspiran en los enfoques de la democracia de consejo y pretenden crear espacios de participación de democracia directa paralelos a las instituciones existentes de la democracia representativa [...] En un segundo paso hacia la expansión del „poder municipal“, varios consejos locales colindantes pueden unirse para formar comunas [...] Según cifras oficiales, a mediados de 2018 se habían constituido unos 47 000 Consejos Comunales y 2 300 comunas (Peters 2019, 199-200).

Además, estas entidades sirven particularmente como “mecanismo efectivo para distribuir los ingresos petroleros del Estado a los concejos locales, que son predominantemente cercanos a Chávez” (*Ibid.*, 200). De hecho, casi todos sus ingresos provienen del Estado central, donde un Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales decide la asignación de los fondos. Por lo tanto, el “poder popular” se promovió desde arriba y con esta promoción también se controló casi por completo.

La fusión de los concejos locales para formar comunas tiene como objetivo promover actividades económicas independientes (por ejemplo, de naturaleza cooperativa) a nivel local o regional. Es más que dudoso que la producción para el mercado interno pueda incrementarse de esta manera: los ejemplos individuales positivos son difíciles de ponderar en su importancia y deben relativizarse, aunque sólo sea porque la dependencia del país de las importaciones de alimentos y bienes de consumo ha aumentado constantemente. Como resultado, los consejos locales y los municipios, aunque en muchos casos hayan sido creados por iniciativas de base, siguieron siendo receptores de subsidios estatales para proyectos que se les permitió gestionar democráticamente a nivel local. Una democracia de consejos subvencionados de este tipo tiene poco que ver con los consejos de obreros y soldados de la Revolución rusa de 1917 y, sobre todo, tiene poco potencial para crear estructuras democráticas radicales de abajo hacia arriba por medio de la federación,

en la que, por ejemplo, un congreso de consejos supremos podría también someter al gobierno central a un control efectivo y hacerlo responsable de sus acciones y omisiones.

Desde 2006-2007, el proyecto del chavismo puede interpretarse como un intento de un gran salto adelante: independientemente de la continua integración en el mercado capitalista mundial y del indiscutible papel clave de una burguesía comercial que opera con altos beneficios, Hugo Chávez quería avanzar hacia el socialismo del siglo XXI. En Venezuela, le parecía posible conciliar la formación de un partido casi estatal de millones de partidarios registrados con la creación de estructuras de consejos de base. Sin embargo, el creador y líder de este nuevo orden siempre fue el presidente, a quien había que garantizar un liderazgo sin límite temporal. No obstante, esto era contrario a la Constitución de 1999, que prohibía la reelección ilimitada de altos funcionarios. Por consiguiente, Chávez sometió una enmienda a la Constitución referente al voto del pueblo para posibilitarle cumplir un mandato indefinido. Incluso se pretendía aumentar considerablemente los poderes del presidente a expensas de otros órganos elegidos, por ejemplo, en el ámbito de la reorganización territorial de Venezuela. A esto se contrapuso no sólo la oposición de derechas, sino también hubo críticas dentro del campo chavista. El plebiscito de diciembre de 2007, con el cual Chávez buscó asegurar constitucionalmente su reelección, fue el único voto nacional que Hugo Chávez perdió.

El hecho de que Chávez reconociera de inmediato esta derrota por escasos votos fue señalado incluso por sus oponentes de manera positiva como una expresión de una posición fundamentalmente democrática.⁶ Pero esto no significaba en absoluto que quisiera renunciar a la meta de un socialismo del siglo XXI. Por el contrario, los acontecimientos internacionales reforzaron su convicción de que el chavismo podría servir de modelo para el futuro. Desde la elección del líder obrero Inácio “Lula” da Silva como presidente de Brasil, Venezuela no estaba aislada,

⁶ Sin embargo, Chávez logró corregir el tema de la reelección ilimitada del presidente: en abril de 2009 ganó un plebiscito limitado a este punto.

sino que podía contar en momentos críticos con el apoyo de su vecino más grande, a pesar de las fuertes restricciones del giro a la izquierda en Brasil. En Argentina, el peronista de izquierda Néstor Kirchner gobernaba desde 2003, y en Nicaragua el expresidente sandinista Daniel Ortega había reconquistado la cima del Estado en 2006. Otros éxitos electorales de políticos de izquierda fueron aún más espectaculares: en 2006, Evo Morales fue el primer miembro de la mayoría indígena que llegó a la jefatura del Estado en Bolivia, y en Ecuador Rafael Correa declaró su apoyo a una revolución ciudadana en 2007 como presidente del Estado. En todos estos casos, el cambio político fue el resultado de elecciones democráticas; en Ecuador y Bolivia hubo asambleas constituyentes, como en Venezuela, adoptándose nuevas constituciones para establecer la democracia participativa.

Los regímenes de aquellos años, que se declaraban como de izquierda, tenían en común el deseo de emanciparse de la influencia avasalladora de Estados Unidos y de las instituciones internacionales que se encontraban a su merced (como el FMI). Chávez pudo utilizar parte de los excedentes, así como las reservas de las que todavía disponía en ese momento bajo los presagios de los altos precios del petróleo, para financiar generosas medidas de apoyo, por ejemplo, la venta de crudo y gasolina subvencionado a varios países latinoamericanos, sobre todo a Cuba. La integración regional también debió ser promovida a través de la creación de nuevas estructuras de cooperación. En 2004 se creó la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) con Bolivia, Ecuador y varios pequeños estados caribeños, iniciada por un acuerdo entre Venezuela y Cuba. En oposición a la Organización de Estados Americanos (OEA), que estaba dominada por Estados Unidos, se formó en 2008 una alianza sudamericana sin su participación: la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur).

Hugo Chávez surgió como el campeón más decidido contra el imperialismo estadounidense. Bajo este signo encontró aliados fuera de América Latina que también querían luchar contra la superioridad de Estados Unidos. En primer lugar estuvo Irán con su entonces presidente Ahmadineyad, quien visitó Venezuela en varias ocasiones.

Esto condujo al anuncio de proyectos de cooperación económica a gran escala diseñados para ayudar a ambos socios a salir de su aislamiento, pero también a expresiones de amistad política inquebrantable entre los dos líderes. Al hacerlo, Hugo Chávez también tomó una posición contra el movimiento democrático en Irán, que había surgido en 2009 con protestas masivas contra la reelección amañada de Ahmadineyad. Las exuberantes felicitaciones de Chávez al usurpador y sus declaraciones de estrecha comunidad de credo político iban mucho más allá de abogar por las buenas relaciones económicas con Irán. Incluso para sus seguidores era necesario preguntarse por el tipo de relación entre el proclamado socialismo del siglo XXI y el régimen teocrático de Irán y sus medidas represivas. No obstante, esto apenas se discutió abiertamente.

El partidismo de Hugo Chávez con la supresión del movimiento democrático en Irán cayó en un momento en el cual él mismo quería establecer una nueva organización para un internacionalismo no limitado a América Latina. En noviembre de 2009, antes de una reunión internacional de los delegados de 55 partidos de la izquierda (con motivo de un congreso extraordinario del PSUV), proclamó la necesidad de crear una Quinta Internacional con el fin de rechazar conjuntamente los ataques del imperialismo. Se refirió a los antecedentes europeos de la Komintern fundada por Karl Marx (o con referencia a él), pero asumió que la revolución mundial había cambiado su centro con el nuevo siglo:

El epicentro de las luchas revolucionarias, de las luchas socialistas, hoy en el mundo, comenzando el siglo XXI está aquí en nuestra América y a Venezuela le toca ser epicentro en esa batalla. [...] Nos toca a nosotros asumir papel de vanguardia y tenemos que asumirlo así, compañeros, compañeras para que nos demos cuenta y tomemos conciencia de la gigantesca responsabilidad que tenemos sobre nuestros hombros, cada una de ustedes compañeras, cada uno de ustedes compañeros camaradas, nosotros en el Partido Socialista Unido, los partidos aliados, nosotros en el gobierno la inmensa responsabilidad que tenemos [...] (“Discurso del Presidente Hugo Chávez...” 2009).

En el Compromiso de Caracas se anunció una nueva reunión para abril de 2010, en la que se debería decidir la fundación de la Quinta Internacional. Pero esta iniciativa para acelerar la revolución mundial no recibió una aprobación entusiasta por todas las partes. Incluso el gobierno cubano, que volvió a declarar su apoyo al Compromiso de Caracas como defensa contra el bloqueo por parte de Estados Unidos, sólo aceptó revisar la propuesta.

El delegado del PT brasileño quiso aferrarse a la prioridad del Foro de São Paulo, que llevaba desde 1990 reuniendo periódicamente a los partidos y organizaciones de la izquierda latinoamericana. No obstante, no estaba claro hasta qué punto ese foro, que incluía además de los comunistas a partidos con tendencias socialdemócratas y de un populismo de izquierda, se iba a diferenciar de la Quinta Internacional. Hasta este momento, el Foro de São Paulo había dado prioridad absoluta a la defensa contra las intervenciones y avances de Estados Unidos. Para los partidos y organizaciones involucrados, esto siempre había significado un compromiso establecido que equivalía el mínimo común denominador, a expensas de una discusión profunda y conflictiva sobre los problemas internos de la política de izquierda en los países de América Latina, lo cual casi nunca ha tenido lugar en las conferencias del foro. Aunque el PT brasileño en sus inicios quiso superar los rituales de los socialismos de Estado a favor de la libre formación de opiniones dentro del partido, no marcó el estilo en este sentido en el Foro de São Paulo, del que fue cofundador.⁷

Hugo Chávez esperaba ante todo que la Quinta Internacional le proporcionara mayor empuje y poder para reaccionar más rápidamente a la hora de enfrentar las intervenciones de Estados Unidos contra todas las variantes de la política progresista en América Latina. Probablemente, también hubo la intención de crear un órgano central de coordinación de los partidos que eran de izquierda. Por otra parte, el manejo de Chávez con relación a las divergencias internas dentro de su partido difícilmente sugiere que una Internacional, a la que apoyó, hubiera

⁷ Para una evaluación más detallada del Foro de São Paulo, véase Lander (2019).

permitido un amplio margen para la discusión de diferentes caminos hacia una sociedad socialista. Como es bien sabido, nunca se ha proclamado una Internacional de este tipo. El abandono tácito de un plan global de este tipo aparentemente no requería justificación alguna. El hecho de olvidar sus propias declaraciones de intenciones pertenecía a los privilegios de un presidente que tampoco era responsable ante sus partidarios.

Con o sin la Quinta Internacional, Hugo Chávez se aferró a la meta de crear un socialismo del siglo XXI. Presuponía que este debía ser diferente del socialismo del siglo pasado, sin justificarlo nunca de forma coherente. Al mismo tiempo, mostró una conciencia histórica del problema e incluso se remontó al periodo soviético temprano. En un gran discurso público citó con aparente aprobación una carta del anarquista ruso Piotr Kropotkin a Lenin, escrita en 1920. En esta misiva, Kropotkin ya se quejaba de que el dominio del partido había destruido una verdadera democracia basada en los soviets. Chávez se dirigió a sus partidarios, la mayoría de los cuales eran miembros del recién creado PSUV, y les pidió que nunca permitieran que su partido dominara y destruyera de esta manera los Consejos Comunales.

Aparentemente, Chávez creía que tales apelaciones podían evitar que ocurrieran procesos erróneos como en Rusia. Se suponía que Hugo Chávez y el partido que fundó tuvieron éxito en algo que los bolcheviques no lograron hacer. Sin embargo, las lecciones que aprendió del desarrollo soviético fueron superficiales: lamentó que su temprana muerte le impidiera a Lenin tomar medidas correctivas, se distanció de los crímenes de Stalin sin analizar cómo surgió su omnipotencia y cómo pudo seguir teniendo un efecto fatal más allá de su muerte. Aunque rechazó o evitó una adhesión explícita al marxismo-leninismo y se refirió más bien a Simón Bolívar o a Jesucristo cuando predicaba su doctrina, permaneció bajo el hechizo de una forma de pensar que fue moldeada por la Komintern, como lo fue y es predominante en la izquierda latinoamericana.

Apoyándose en las características de los postulados ideológicos básicos elaborados anteriormente, que se vincularon bajo y después del

gobierno de Stalin, se puede sistematizar el desarrollo reciente de Venezuela de la siguiente manera.

El monopolio de un partido único

La idea de un partido socialista unificado corresponde al mundo de ideas del socialismo “real” que ha desaparecido. Originalmente, Chávez había llamado a todos los partidos y grupos que pertenecían a su campo a disolverse y fusionarse en el partido unitario que había creado. La negativa de los comunistas y otros partidos a renunciar a sus organizaciones históricamente crecidas impidió esto e hizo necesaria una estructura de alianza más complicada del campo del chavismo en la forma del Gran Polo Patriótico. Desde la distancia, esto recuerda al sistema de partidos en bloque de la desaparecida República Democrática Alemana (RDA). Pero durante la vida de Hugo Chávez, el PSUV todavía operaba en el marco de una estructura pluralista con una oposición genuina, tal como lo establece la Constitución de 1999.

Sin embargo, la constitución interna del PSUV no se ajusta en absoluto a los principios de una democracia dentro del partido. Si los estatutos del PSUV establecen explícitamente el centralismo democrático como principio estructural (“Estatutos del Partido Socialista Unido de Venezuela [PSUV]” 2010, art. 4), esto significa adoptar el marxismo-leninismo codificado bajo Stalin, tal como también fue proclamado y practicado en el partido cubano. Incluso se asume implícitamente la prohibición de formar fracciones proclamada en el x Congreso del Partido Comunista Ruso en 1921 como una medida de emergencia temporal, aunque no se mencione explícitamente.

La denuncia de las desviaciones

La democracia interna del partido es impensable sin la posibilidad de poner en discusión en cualquier momento puntos de vista diferentes a

los de la dirección y, si es necesario, de identificar las corrientes dentro del partido como facciones, con la pretensión de que los puntos de vista que representan puedan convertirse en una línea del partido o al menos ser tenidos en cuenta en ella. No sólo los miembros del partido deben poder seguir estos procesos de discusión, aunque sólo sea porque todos los ciudadanos del país se ven afectados por las decisiones del partido gobernante. Sin embargo, en Venezuela esto es difícil de realizar: por ejemplo, no se pretende que los debates en las conferencias de los partidos del PSUV, que tienen lugar a intervalos largos, puedan ser rastreados mediante el estudio de las actas. Los congresos del partido se parecen más a los eventos de aclamación preestablecidos, como predominan en el estalinismo y en los sistemas posestalinistas desde Moscú hasta Pekín.

En vista de la fragmentación de la izquierda radical en Venezuela, parece plausible a primera vista que Chávez pusiera repetidamente a la unidad en el centro de sus llamamientos. Pero en un partido democrático, la “unidad” como declaración de convicciones comunes y máximas de acción sólo puede llegar al final de un debate abierto y controvertido. Sin embargo, el centralismo democrático del que se jacta el PSUV equivale a la creación de estructuras de mando: la unidad se crea con la autoridad indiscutible de la palabra del “comandante”.

El hecho de que la disciplina militar desempeña un papel importante en el partido de unidad no se oculta, sino que ya se destaca de manera demostrativa en la denominación de sus unidades básicas: donde en el lenguaje comunista se habla de celdas (celdas de fábrica o residenciales), en el chavismo hay patrullas. Esto hace que uno piense más en la ejecución obediente de las órdenes que vienen de arriba que en animadas discusiones en los grupos de base. La frecuentemente invocada unidad cívico-militar, que también se enfatiza en los estatutos del partido, no se refiere a una alianza entre socios que se orientan en principios diversos. Más bien, el partido único adopta estructuras y costumbres militares, incluyendo el uniforme de sus activistas con camisetas del mismo color.

La simbiosis entre la disciplina militar y el centralismo leninista también es evidente al tratar con individuos o grupos que no están de acuerdo con la línea de dirección. Desde este punto de vista, no se trata de opinio-

nes independientes que primero se toman en cuenta y se respetan, sino de “desviaciones” peligrosas del camino correcto que deben ser denunciadas inmediatamente. Esto está totalmente en línea con el enfoque de Lenin, aunque siempre se refirió a una verdad científicamente fundada presentada por él. Hugo Chávez, por otra parte, fue bastante ecléctico en su argumentación adornada con ideas espontáneas, y el cambio de un rigorismo éticamente fundado, que se refiere a antepasados como Bolívar o al cristianismo, a un pragmatismo enriquecido por la creciente experiencia en el gobierno permite varias interpretaciones del chavismo, por lo que las “desviaciones” son difíciles de definir. Se sigue acusando a los disidentes de su falta de confianza en las inspiraciones cambiantes de un líder brillante. Aunque Venezuela no experimentó purgas con liquidación física de los disidentes como lo hizo Stalin, sí resultó en su rápida eliminación del partido de la unidad. La facción izquierdista del chavismo Marea Socialista fue excluida, y bajo Maduro también se le impidió participar en las elecciones como un nuevo partido independiente.

La devaluación del historial de los movimientos revolucionarios

La convicción de que la toma del poder por un líder revolucionario excepcional marca la hora cero en la historia del país es tan fuerte en Venezuela como lo fue en el caso de la Revolución cubana. Aquí también la aparición de Lenin en la Revolución de Octubre como un punto de inflexión en la historia rusa, si no mundial, parece ejemplar. Hugo Chávez combinó su propio nuevo comienzo con una glorificante mirada hacia atrás a modelos más distantes en la lucha por la independencia y la liberación, en particular a Simón Bolívar. A partir de ahí, la República de Venezuela fue rebautizada.

Todo esto marcó una ruptura radical con el periodo de la Cuarta República de Venezuela, que surgió de la caída de la dictadura de Pérez Jiménez. El pacto de democracia formal entre los partidos Acción Democrática (AD) y Comité de Organización Política Electoral Inde-

pendiente (COPEI) parecía ser una fuente de clientelismo y corrupción a costa de un deterioro permanente de la situación de las clases bajas. Después de no haber logrado llevar las luchas guerrilleras a la victoria a principios de los años sesenta, según el modelo cubano y con el apoyo de Cuba, la supresión sangrienta de la revuelta espontánea de los habitantes de los barrios bajos en 1989 (Caracazo) proporcionó la justificación para nuevos intentos de derrocar el gobierno. Aunque el golpe de Estado de los oficiales en 1992 no tuvo éxito, su líder Hugo Chávez, tras su amnistía, pudo ganar la elección presidencial de 1998, anunciando así finalmente el fin de la podrida Cuarta República.

La idea de un nuevo comienzo integral a través de la acción decidida de un líder revolucionario tuvo como consecuencia que no se reconociera la trascendencia de las estructuras existentes. Ciertamente, Hugo Chávez no estaba ciego al hecho de que la sociedad y el Estado en Venezuela habían sido moldeados por las consecuencias de la industria petrolera durante un siglo,⁸ pero creía que todavía podía fundar una nueva Venezuela mediante una serie de medidas que había ideado. Una mirada retrospectiva a Lenin parece esclarecedora: fue sólo hacia el final de su vida que reconoció que la existencia continuada de la burocracia zarista en el aparato de Estado impedía cualquier democracia real conforme al modelo soviético. Debido a la visión de un nuevo comienzo, directamente ligado a Simón Bolívar, Hugo Chávez ignoró los planteamientos dignos de consideración de las alternativas sociales, ya que estas se desarrollaron sin su intervención en las condiciones de la Cuarta República.

Así, en el caso de la promoción de las cooperativas proclamada por Chávez, habría sido bastante obvio tomar el ejemplo de una cooperativa que ya había comenzado su camino mucho antes de su presidencia: la Central Cooperativa de Servicios Sociales de Lara (Cecosesola) en Barquisimeto (Lang *et al.* 2015). Antes y durante el gobierno de Chávez, esta asociación cooperativa, que reúne de manera original a productores y consumidores, había renunciado sistemáticamente al apoyo del Estado. Mientras que la mayoría de las cooperativas fundadas bajo el gobierno de

⁸ Una presentación ejemplar de esta evolución se encuentra en Coronil (2002).

Chávez, con apoyos generosos del Estado, han fracasado rotundamente y nada más dejaron resignación, Cechosola sigue existiendo e incluso ha hecho una importante contribución para abastecer a la población local durante la actual catástrofe económica.

La absolutización de la lucha contra el imperialismo

Al proclamar la lucha contra el imperialismo norteamericano, Chávez pudo seguir directamente la tradición de la Komintern, aunque la defensa de la Unión Soviética como punto de referencia había sido abandonada. En vista de la política agresiva y amenazadora de la paz por parte de Estados Unidos, especialmente bajo el mandato de George W. Bush, Hugo Chávez pudo encontrar mucha aprobación cuando se distinguió como su oponente más decidido. Pero así como el antiimperialismo de la era de Stalin y pos-Stalin sirvió sobre todo para difamar cualquier oposición a la línea oficial como siendo controlado por fuerzas externas, a los ideólogos del chavismo oficial también les gustaba acusar a sus oponentes y críticos de ser “objetivamente” títeres del imperialismo estadounidense. Esto afectó de manera particular a los críticos más decididos de la continuación del extractivismo. Bajo el presagio de la lucha común contra la dominación de Estados Unidos, también se justificaron las alianzas con socios que persiguieron sin piedad todos los esfuerzos de emancipación en su propio país –en primer lugar, la dictadura teocrática de Irán–. En cambio, a pesar de la creciente deuda con China, no se discutió la posible dependencia de una nueva superpotencia imperialista.

La defensa incondicional del país de la revolución

El compromiso con una patria de la revolución, que debía ser defendida en todas las circunstancias contra una amenaza externa, siempre ha formado parte del bagaje ideológico básico de todos los partidos comunistas, independientemente del grado de amenaza al que la Unión Soviética estuvo realmente expuesta en diferentes momentos. En América Latina, ante la evidente amenaza que la intervención de Estados Unidos suponía para la Revolución cubana, parecía necesario que todos los izquierdistas defendieran sin restricciones el régimen de Fidel Castro, incluso antes del fin de la Unión Soviética, y más aún ante la difícil situación de la isla, surgida con la desaparición del otrora poderoso aliado. Desde principios del siglo, esta expectativa se ha extendido desde Cuba a los países de la Revolución bolivariana junto con la política de agresividad alternada de Estados Unidos, que siempre ha ayudado a exigir la defensa incondicional de los regímenes progresistas y a hacerlos aparecer sin alternativa.

El bolivarianismo más allá de Venezuela

Para confirmar la concordancia de los supuestos ideológicos básicos del socialismo real del siglo pasado con los del progresismo de principios del siglo XXI, Hugo Chávez estuvo en primer plano del análisis, ya que el chavismo fue la fuerza motriz del giro a la izquierda en América Latina hasta la muerte de su fundador. Desde el principio, la proclamación de la Revolución bolivariana encontró un gran eco en América Latina, aunque fuera recibida de maneras muy distintas. Lo que todos tienen en común es que en la fase inicial se declararon como opositores renombrados al neoliberalismo practicado en sus países e intentaron entrar en el gobierno mediante elecciones regulares.

A pesar de esto, eran políticos muy diferentes en cuanto a sus orígenes y su forma de actuar. Si bien la carrera militar tuvo mucha influencia en Hugo Chávez, en el caso de Evo Morales, que se presentó a las elecciones en Bolivia como un miembro del pueblo aymara, había adquirido su experiencia política como líder de un sindicato de campesinos. Mientras tanto el candidato del progresismo en Ecuador era Rafael Correa, un académico con carrera universitaria y experiencia en consultoría económica, que incluso había ocupado durante un breve periodo de tiempo el cargo de ministro de Economía y Finanzas de Ecuador. De cualquier manera, lo que todos tenían en común era que no querían encajar en un sistema de partidos predeterminado y estaban dispuestos a unir a sus partidarios en movimientos. En Bolivia, por ejemplo, el Movimiento al Socialismo (MAS) se vio al inicio explícitamente como un instrumento de los movimientos sociales. Mientras Correa quiso reemplazar la desacreditada partidocracia (poder del partido) por un movimiento dirigido por Alianza País.

La fórmula del socialismo del siglo XXI se adoptó tal vez por su vaguedad, aunque con diversos grados de énfasis. De este modo podría fácilmente llenarse con diferentes contenidos. En los países de Ecuador y Bolivia, en contraste con Venezuela, con una alta proporción o incluso una mayoría de población indígena, dicho socialismo adquirió una connotación específica por la referencia a las formas tradicionales de vida comunitaria y la correspondiente percepción del buen vivir –*sumak kwasay* en kichwa–. Según este concepto, el objetivo es vivir en armonía con el prójimo y la naturaleza circundante. Esta consigna fue anclada como un objetivo nacional en las constituciones de Ecuador y Bolivia. Sin duda, este postulado marca también un decisivo alejamiento del socialismo del siglo XX, que en gran medida se basaba en ideas de mayor crecimiento fundamentadas en la explotación extensiva de la naturaleza.

Al principio, parecía apropiado definir el socialismo proclamado del siglo XXI a través del *sumak kwasay*, y así hacer una clara distinción con el socialismo real. Pero a esto se oponía el hecho de que la política actual en Ecuador y Bolivia iba en la dirección opuesta. La continuación y profundización del extractivismo ha sido demostrada en detalle en varios estudios, por ejemplo, los realizados por el Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo de la Fundación Rosa Luxemburg (Lang 2011, 2013 y 2015). Está en consonancia con una dialéctica perversa considerar que la explotación incrementada de la naturaleza sea la condición para su posterior superación: sólo la destrucción incesante de la naturaleza crea las condiciones para su salvación en el futuro. Esto recuerda a la doctrina estatal de Stalin de mediados de la década de 1930, según la cual sólo la violencia exagerada del Estado puede hacer posible su eventual desaparición en un brillante futuro comunista.

La adopción de la fórmula chavista del socialismo del siglo XXI por parte de los líderes de los regímenes progresistas de Ecuador y Bolivia, se realizó, por lo general, de manera superficial y sin compromiso. La posibilidad de definir más concretamente un socialismo independiente a través del buen vivir anclado en las nuevas constituciones, apenas fue aprovechada. En la creciente confrontación con los movimientos y organizaciones indígenas existentes se generaron nuevas interpretaciones

que cambiaron completamente el significado original: el buen vivir fue finalmente trivializado de tal manera que debería significar simplemente un aumento del bienestar de todos a través de una justa distribución de las ganancias adquiridas por la expansión del extractivismo. Quienes se opusieron a esta política se expusieron a ser considerados oponentes a los legítimos deseos y demandas de la mayoría de la población y, por supuesto, como cómplices del imperialismo.

Entre los ideólogos de la Revolución bolivariana fuera de Venezuela, destaca especialmente el exvicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, quien tuvo diferentes rostros como político y científico social. Fue encarcelado durante cinco años por su activismo en un grupo guerrillero que tenía como objetivo el levantamiento de la población indígena. Después trabajó en universidades y se convirtió en un importante pionero de un estado plurinacional. Esto ocurrió por primera vez en el contexto de un grupo de académicos críticos llamado La Comuna (cfr. García, Tapia y Prado 2007). Como lugarteniente de Evo Morales, Álvaro García Linera ocupó un puesto clave en la política boliviana durante muchos años.

En sus escritos, García ha demostrado ser un conocedor de las corrientes de las ciencias sociales más importantes de la actualidad,⁹ pero también ha basado su argumentación en muchos casos directamente en Marx y Lenin. Además, Lenin es su modelo a seguir para tratar con los oponentes políticos: en defensa de la política gubernamental neoextractivista escribió el libro *El "Oenegismo", enfermedad infantil del derechismo* (2015). Es un panfleto polémico que desafortunadamente adoptó el método de desfigurar la difamación de las posiciones opuestas, como era común en la Segunda y Tercera Internacional y fue llevado al extremo por Lenin. En polémicas demagógicas, García a veces se atreve a ir tan lejos que tiene que retroceder un poco para mantener su reputación internacional. En agosto de 2015, atacó con tanta dureza a

⁹ Por ejemplo, en 2015 dio una conferencia sobre la interpretación de Poulantzas en la Sorbona de París, que debió haber satisfecho formalmente las demandas de su educado público parisino. Consúltese en García (2015b).

cuatro ONG que criticaban al gobierno que fueron prohibidas. Probablemente renunció a las medidas represivas contra centros importantes de investigación social independiente en Bolivia por una carta abierta de varios académicos extranjeros de renombre.¹⁰

Con motivo del centenario de la Revolución de Octubre, García escribió un panfleto en el que trata de trazar una línea de conexión desde 1917 hasta la revolución del presente (García 2018). En contraste con las interpretaciones populares de hoy, que describen y evalúan la Revolución de Octubre como una especie de golpe de Estado de Lenin y Trotsky, enfatiza la movilización autónoma de masas de los obreros y campesinos, que hizo posible la exitosa intervención de la dirección bolchevique en el momento oportuno. Para ello se basa en una historiografía progresista incluyendo autores altamente críticos con Lenin, como la obra estándar de Orlando Figes (1996). Sin embargo, García muestra su admiración por Lenin, cuya mezcla de lealtad a los principios y flexibilidad es ejemplar para él. Su veredicto sobre el giro de Lenin a la Nueva Política Económica en 1921 es particularmente positivo, y cita de manera extensa los últimos escritos de Lenin, que contienen declaraciones notables sobre las condiciones de la política revolucionaria en un país con una población en su mayoría campesina. Sobre todo, critica la equiparación del aumento de las nacionalizaciones con el socialismo, de acuerdo con Lenin.

Sin embargo, la recepción positiva de ideas importantes de Lenin sobre la estructura de clases y la economía es igual de conspicua como algunos vacíos obvios en la representación. García rara vez hace declaraciones explícitas sobre los métodos de ejercicio del poder en la temprana Unión Soviética, como la relación del partido con los soviets. En sus discusiones generales sobre la teoría revolucionaria, contrasta dos momentos de toda revolución, que deriva de Lenin y Gramsci y que considera igualmente necesarios e indispensables: el momento gramsciano de la construcción (precedente) de una hegemonía político-cultural, y el momento jacobino-leninista de la conquista del poder

¹⁰ Véase su respuesta a la carta en García (2015c).

estatal central, así como de su afirmación. La concentración del poder en contra de las viejas clases dominantes debía conciliarse con una desconcentración del poder con respecto a las clases trabajadoras: “La revolución soviética será el laboratorio más extraordinario y dramático de esta contradicción viva entre centralización y democratización, que define el destino de esta y de cualquier revolución contemporánea” (García 2018, 48).

No obstante, el autor no describe en detalle cómo esta viva contradicción salió a la luz en el curso de la Revolución rusa o en la Bolivia de Evo Morales. Las numerosas citas de los últimos años de Lenin muestran sobre todo su creciente comprensión de los límites de la revolución que dirigió. Pero sin tener en cuenta la encarnación realmente existente del momento jacobino-leninista en la forma del partido y el aparato estatal, es difícil explicar por qué la concentración de poder en la cúspide ha ganado terreno sobre todos los movimientos democráticos de base. García se ahorra tal análisis refiriéndose en bloque a representaciones estándar conocidas de la historia soviética, pero llega a un juicio final sobre la conclusión de la Revolución rusa a principios de la década de 1930: señala que se ha producido una “concentración del poder de Estado en manos del partido y expropiación gradual del poder de manos de las organizaciones sociales” (*Ibid.*, 102).

La pregunta sigue siendo si los procesos revolucionarios en los países bolivarianos ya han llegado de manera similar a su fin. García podría contribuir a su respuesta con una reflexión autocrítica sobre la práctica al frente del Estado plurinacional de Bolivia que comparte y de la que es corresponsable. Aquí, por ejemplo, sería revelador el manejo de las protestas indígenas contra la construcción de una carretera que atraviesa el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro-Sécure (Tipnis), en la que la dirección estatal quiere hacer valer su posición con la ayuda de una escisión manipulada de las organizaciones indígenas. Habría que evaluar los avances insuficientes en la realización de la autonomía indígena exigida por la Constitución, así como el desacato de un plebiscito en el que fue rechazada por la mayoría de la población de Bolivia la posibilidad de una reelección ilimitada del presidente.

En su tratado sobre el centenario de la Revolución rusa no hay lugar para tales concretizaciones. El autor se limita a consideraciones teóricas revolucionarias de alto grado de abstracción, sin referirse a la realidad de su propio país. Sin embargo, al hacerlo, llega a declaraciones notables que coinciden con la afirmación trotskista de la imposibilidad del socialismo en un país: “toda revolución social que no ensambla con otras revoluciones sociales a escala mundial, tarde o temprano fracasa y habrá de fracasar de manera inevitable. Por sí sola, inexorablemente se verá conducido al fracaso en su intento por construir el comunismo” (*Ibid.*, 100).

No obstante, según García, se pueden lograr grandes mejoras sociales para los trabajadores a través del desarrollo de tal revolución con efectos más allá del país, como una amenaza a la burguesía y un estímulo para la clase obrera a escala mundial. Pero hasta cuándo pueda perdurar una revolución en un solo país depende de si el Estado quiere imponer por la fuerza el progreso socialista o si da espacio al protagonismo democrático de la sociedad, sobre todo para desarrollar nuevas formas de trabajo comunitario:

Hoy recordamos la revolución soviética porque existió, porque por un segundo en la historia despertó en los plebeyos del mundo la esperanza de que era posible construir otra sociedad [...]. Pero también la recordamos porque fracasó de manera estrepitosa, devorando las esperanzas de toda una generación de clases subalternas. Y hoy diseccionamos las condiciones de ese fracaso porque justamente queremos que las próximas revoluciones, que inevitablemente estallan y estallarán, no fracasen ni comenten los mismos errores que ella cometió [...] (*Ibid.*, 103).

García proclama el postulado de que en todas las revoluciones venideras se deben tomar en cuenta las lecciones que derivan tanto de las esperanzas como del fracaso histórico de la Revolución de Octubre. Mas él mismo no hace justicia a este postulado, porque sin una crítica radical, es decir, que vaya a las raíces, se aferra al edificio de pensamien-

to de Lenin, pero excluye la cuestión de la organización y, por lo tanto, no puede realmente tomar en cuenta las causas del fracaso. Si lo hiciera, también tendría que reflexionar críticamente sobre su propia práctica en Bolivia de una manera diferente a como lo hizo en sus escritos y declaraciones públicas durante su tiempo como vicepresidente.

Tal vez su renuncia forzada en 2019 llevará a García en el futuro a investigar las razones más profundas del abrupto fin de un régimen que parecía estable. Después de todo, en sus escritos sobre la Revolución rusa ya vio y describió claramente los límites del desarrollo progresivo en un país aislado. Una situación excepcional análoga en Bolivia habría requerido en todo caso el respeto incondicional de las decisiones electorales de la población, un respeto que la dirección del Estado, al menos desde su desatención a un plebiscito contra su reelección en 2016, no ha mostrado en repetidas ocasiones. Era de esperar que esto no sólo encontrara la resistencia de una oposición de derecha. Con su reacción demasiado tardía a un movimiento de protesta democrática, Evo Morales y Álvaro García Linera contribuyeron a intensificar la confrontación en cuyo transcurso tuvieron que abandonar el país.



Lecciones de las últimas décadas: errores que deben evitarse

El principio rector de esta investigación fue la presunción de que las revoluciones bolivarianas de principios del siglo XXI fueron en gran medida influenciadas por un historial de la izquierda en América Latina inspirada en las doctrinas de Lenin y más tarde en el estalinismo. En el transcurso del tiempo se desarrolló una simbiosis del hiperpresidencialismo anclado en las tradiciones latinoamericanas con los principios de organización leninista. Esto sólo se evidencia parcialmente en las declaraciones citadas de los protagonistas del progresismo; se muestran todavía más en las prioridades prácticas establecidas, basadas en convicciones fundacionales que aparentemente no necesitan justificación. Entre ellas se encuentran el papel central de un partido de unidad que apoya al Estado, la permanencia de líderes indispensables, la referencia a modelos idealizados de revoluciones anteriores, combinado con un desprecio por los derechos civiles garantizados en un orden constitucional democrático. Tales convicciones fundamentales conducen a caminos equivocados, que se describirán a continuación.

La justificación del monopolio del partido único

En retrospectiva, la creación de un partido unificado integral por la autoridad de la palabra del líder revolucionario aparece como una ruptura en el desarrollo del chavismo hacia la mitad del mandato

de Hugo Chávez. El periodo inicial de expansión de la democracia y del respeto a las organizaciones de base autónomas fue sustituido por una creciente adopción de formas de gobierno estatal-socialistas, disimuladas por la anunciada introducción de una ambiciosa reorganización mediante consejos comunales, que en gran medida quedaron ficticias.

Empero, a diferencia de Cuba, el monopolio del partido único del Estado no está establecido en la constitución de los regímenes “progresistas”: los ciudadanos conservaban la libertad de elegir entre partidos fundamentalmente diferenciados en intervalos periódicos, un procedimiento que se fue devaluando cada vez más por la manipulación bajo el mando de Maduro. Así, en Venezuela fracasaba la posible coexistencia –varias veces practicada en Estados Unidos o en Francia– de un presidente elegido con una mayoría parlamentaria opuesta, debido a la reivindicación del poder absoluto por ambas partes. A los líderes de los regímenes progresistas, muy seguros de sí mismos, siempre les ha carecido una comprensión del hecho de que una oposición garantizada por la constitución no sólo es legítima, sino también necesaria para el control de la dirección del Estado, y también para la corrección de posibles decisiones erróneas.

A esto se añade la vida interna de los partidos en los que se apoye el Estado, que poco a poco se ha ido adaptando a las estructuras y procedimientos de los modelos de los socialismos de Estado. Incluso están muy lejos de la práctica democrática interna del primer partido bolchevique durante la vida de Lenin, cuando las actas de los congresos del partido todavía señalaban debates extremadamente animados en los que las diferentes facciones podían discutir abiertamente sobre cuestiones fundamentales y cuestionar las políticas de la dirección del partido. Por el contrario, las prácticas y publicaciones de los partidos estatales de los regímenes progresistas recuerdan más a los conocidos rituales de los partidos comunistas desde la época de Stalin: conferencias irregulares del partido en intervalos excesivamente largos, normalmente organizadas como celebraciones de la dirigencia con resoluciones preparadas por la cúpula del partido, ausencia de debates abiertos, falta de docu-

mentación de las posiciones de la oposición interna dentro del partido y rápida exclusión de críticos incómodos.

Por otro lado, en ninguno de los regímenes progresistas, el gobierno del partido estatal ha alcanzado un nivel de burocratización y control de todos los ámbitos de la vida, como se logró en la extinta Unión Soviética y sus estados satélites, al igual que en China, Corea del Norte y Vietnam. Sin embargo, tampoco se puede pasar por alto que, a pesar de las condiciones de fundación eran extremadamente diferentes, los aparatos del partido en Venezuela y Bolivia, por ejemplo, han evolucionado en una dirección muy similar, hacia una concentración de poder cada vez más fuerte en la cúpula y una incapacitación *de facto* de los miembros, a los cuales sólo les queda el papel de llevar a cabo las instrucciones que vienen de arriba.

La fe en los dirigentes indispensables

El papel central desempeñado por personalidades destacadas en el proceso de fundación y consolidación de regímenes progresistas se ha caracterizado desde el principio por la ambivalencia. Por un lado, una ruptura exitosa con el viejo orden difícilmente sería concebible sin la audacia y el instinto político de estos individuos. Por otro lado, los mismos líderes se convierten en un problema cuando el reconocimiento y la veneración entre sus seguidores se convierten en una disposición a subordinarse ciegamente. Es probable que los líderes se convencen de su propia indispensabilidad y se mantienen en el poder por todos los medios a su alcance. De esta manera, Hugo Chávez logró finalmente la posibilidad de su reelección ilimitada, mientras Evo Morales y Álvaro García Linera anularon de manera prepotente el rechazo plebiscitario de su reiterada candidatura.¹¹

¹¹ Sin embargo, la expectativa de una perpetuación del poder por la inserción temporal de un sucesor leal también puede ser desviada, como fue el caso de Rafael Correa.

La transfiguración de los líderes indispensables remite a la infausta memoria del “culto a la persona”, además de que pasa por alto el hecho de que cada uno de estos líderes políticos no sólo adquirió experiencia y habilidades a través de sus orígenes y carreras, sino también de sus limitaciones y deformaciones. Así, el oficial Hugo Chávez estaba tan encapsulado en su forma de pensar que enfatizaba el orgullo por las fuerzas armadas al punto que pretendió emular el modelo militar en la estructura del partido que él mismo fundó.¹² El hecho de que la disciplina militar y la práctica de la democracia se oponen estaba más allá de su horizonte. Evo Morales debe ser cuestionado de la misma manera: su actividad como alto funcionario del sindicato de los coccaleros del Chapare no solamente lo moldeó, sino también limitó su visión. De igual manera, el comportamiento de Rafael Correa, sobre todo las medidas represivas de sus últimos años de mandato, ofrece motivos suficientes para reflexionar sobre las repercusiones políticas de un despotismo marcado por la arrogancia académica.

La pregunta que se plantea a primera vista al considerar las limitaciones inevitables de los líderes del “progresismo” que surgieron hasta ese momento es ¿cómo podemos contrarrestar los efectos negativos de una concentración de todo el poder en la cima del Estado? Marx se preocupó por el problema de la independencia del Estado frente a la sociedad, no sólo en cuanto a las formas de gobierno burgués (bonapartismo), sino también como una advertencia contra los peligros previsibles del futuro ejercicio revolucionario del poder. En este sentido, Engels, en el prefacio al tratado de Marx sobre la Comuna de París, caracteriza la “transformación del Estado y de los órganos del Estado de servidores de la sociedad a amos de la sociedad, que ha sido inevitable en todos los Estados anteriores” (Marx y Engels 1972, 198). Era precisamente esta inevitabilidad la que tenía que romperse:

¹² Aún en su último discurso Hugo Chávez glorifica sus fuerzas armadas y conjura su unidad como garantía de la unidad del pueblo.

La clase obrera victoriosa, para no perder su propio dominio, recién conquistado, tenía por un lado que eliminar toda la vieja maquinaria de opresión que hasta entonces se había utilizado contra ella, pero por otro lado tenía que asegurarse también contra sus propios diputados y funcionarios declarándolos, sin excepción, desplegados en cualquier momento (*Ibid.*, 197).

Si estas y otras medidas de la efímera Comuna de París –pago de todos los comisionados de acuerdo con el salario medio de los trabajadores, mandato sujeto– son todavía oportunas y suficientes para impedir que el Estado se independice otra vez, no puede ser discutido aquí exhaustivamente. Sin embargo, no cabe duda de que nadie que suprime el problema de cómo una revolución victoriosa se defiende de sus propios líderes puede adherirse a Marx y Engels.

No sólo el recuerdo de una revolución en la capital francesa de hace 150 años que queda en la memoria nos obliga a hacerlo, sino también una mirada a los regímenes contemporáneos en el tercer mundo que han surgido de los trastornos revolucionarios y los movimientos de liberación. Son señales de advertencia: también en África y Asia no faltan ejemplos de líderes de la insurgencia que, tras llegar al poder, destruyeron su propio país (Zimbabue) o, en cualquier caso, lo sometieron a un sistema de corrupción sin precedentes (Angola). Un caso extremo fue ciertamente el régimen asesino en masa de Pol Pot en Camboya.

Seguir los modelos idealizados de las revoluciones anteriores

Después del colapso de la Unión Soviética, la posibilidad de la izquierda latinoamericana de orientarse sin más a un leninismo, que antes había aparecido en muchas variaciones como una guía para la acción revolucionaria, finalmente ha desaparecido. El mismo Lenin debe ser reevaluado: ¿hasta qué punto su teoría y su acción política estaba ya encaminada hacia

el régimen de Stalin y hacia una eventual autodestrucción? Esta reevaluación se ha logrado en los últimos años con trabajos minuciosos (véase, por ejemplo, Ruge 2013; Brie 2017; Schüttrumpf 2017), en gran parte por marxistas independientes de la antigua RDA. Sin embargo, en América Latina tales ideas han sido recibidas sólo por unos pocos izquierdistas o han sido elaboradas de manera independiente.

En eso la ausencia de enfrentarse a Cuba juega sin duda un papel importante. El orden político que surgió del triunfo de la Revolución cubana en 1958 tuvo que afirmarse desde el principio contra la intervención y el bloqueo de Estados Unidos, y fue capaz de sobrevivir incluso a la desaparición del imperio soviético que lo apoyaba. Esta fue la razón de la amplia moderación por parte de todos los izquierdistas hacia cualquier crítica a Cuba. Quienquiera que se atreviera a hacer declaraciones de distanciamiento con motivo de medidas preocupantes de la dirección cubana, incluso destacados autores de izquierda con merecido prestigio, tuvieron que temer ser difamados como vacilantes sin principios o incluso como posibles contrarrevolucionarios.¹³

Ningún crítico de izquierda cuestionó la cooperación práctica de Cuba con regímenes progresistas, como el envío de médicos cubanos a Venezuela a cambio de suministros de petróleo, así como la generosa ayuda para el sistema de salud en Bolivia y otros países. Pero la solidaridad siempre significa interferencia, y de ninguna manera debe llevar a prohibir la crítica a un sistema político que desde los años setenta se ha orientado hacia el modelo soviético en sus características básicas. Al igual que en los Estados del desaparecido socialismo real, en Cuba también un partido único ejerce el control integral sobre el aparato estatal y todos los ámbitos de la sociedad. En la nueva constitución, que en

¹³ Esto es lo que le ocurrió a Eduardo Galeano después de su protesta en abril de 2003 contra la ejecución de tres jóvenes que intentaron secuestrar un transbordador de pasajeros y contra la condena de los disidentes cubanos a penas de prisión de hasta 27 años (Galeano 2003).

algunos puntos concede más derechos civiles, se reafirmó una vez más el monopolio del poder del partido estatal.¹⁴

En la proclamación de un socialismo del siglo XXI siempre quedaba la incertidumbre de si se iba a luchar en los países bolivarianos por un orden político similar al modelo cubano. La ausencia de un debate abierto dentro de la izquierda sobre el monopolio del partido en Cuba ha fomentado tal ambigüedad.¹⁵ Mientras tanto, las voces de los izquierdistas independientes se hacen cada vez más audibles, incluso en Cuba, cuestionando implícita o incluso explícitamente este monopolio del poder. Como se señala en un artículo de opinión: “En Cuba existe un enorme aparato de dirección, partidista y estatal, que lejos de disminuir tiende a incrementarse. [...] Un país empobrecido como el nuestro [...] no puede mantener tal derroche de recursos materiales y humanos al sostener dos formas de dirección, una que orienta y otra que gobierna” (López 2019).

El desconocimiento de los derechos civiles

El único plebiscito que Hugo Chávez perdió, en 2007, dejó fracasar su intento de cambiar la Constitución de 1999 a través de una reforma escrita apresuradamente. Este intento se encontró no sólo con la esperada resistencia de la oposición de derecha, sino también con críticas de izquierda de las filas del chavismo y sus simpatizantes. La reforma prevista tenía por objeto una concentración aún mayor del poder en la figura del presidente de la república y habría reducido los derechos de los ciudadanos a la participación democrática.

La constitución adoptada al inicio de la presidencia de Chávez mantuvo las características básicas de una democracia representativa. Las reservas en contra tuvieron algo que ver con la experiencia de la

¹⁴ Consúltese en <http://media.cubadebate.cu/wp-content/uploads/2019/01/Constitucion-Cuba-2019.pdf>.

¹⁵ En 2009, Boaventura de Sousa Santos quiso estimular tal discusión con un artículo notable. Su bien fundamentado ataque al concepto de partido de vanguardia quedó sin eco (De Sousa 2009).

Cuarta República: en ese momento, incluso en elecciones libres regulares, el ejercicio del poder en el Estado podía organizarse de tal manera que los partidos políticos en competencia estuvieran igualmente al servicio del sistema del capitalismo dependiente, con la exclusión *de facto* o incluso formal de las fuerzas políticas que buscaban un cambio social fundamental. Sin embargo, la crítica justificada a este modo de gobierno, que no sólo se practicaba en Venezuela, no debe pasar por alto el hecho de que incluso una democracia meramente representativa contiene elementos que alguna vez fueron conquistados desde abajo contra un gobierno arbitrario desde arriba: entre ellas figuran las elecciones libres periódicas, la separación de poderes, la garantía de los derechos de las minorías y otras características del pluralismo político. En América Latina en particular, la democracia, aun en este sentido limitado, tuvo que ser conquistada una y otra vez en la lucha contra las dictaduras militares y los regímenes autoritarios.

En cualquier caso, tras la victoria electoral de los políticos de izquierda, algunas instituciones de una democracia representativa parecen ser un obstáculo para la implementación de cambios progresivos. Por ejemplo, las fuerzas conservadoras que todavía están presentes en un poder judicial independiente pueden obstaculizar deliberadamente las políticas gubernamentales progresistas. El viejo aparato estatal de Venezuela tampoco quedó en absoluto destrozado cuando Hugo Chávez asumió el cargo y su personal fue muy capaz de sabotear las medidas de reforma. En sus primeros años de gobierno, Chávez reaccionó ante esta constelación de tal manera que evitó las confrontaciones directas y prefirió tomar desvíos, por ejemplo, con las recién creadas misiones, que lograron mejoras notables en áreas importantes de la vida de la mayoría de la población con campañas a gran escala que involucraban a los interesados, lejos del aparato estatal viejo. Todo esto se logró en el marco del orden constitucional de una democracia representativa.

Por lo tanto, los derechos civiles garantizados en una constitución democrática no deben entenderse de ninguna manera como un compromiso temporal, como concesiones forzadas a las preferencias de una burguesía liberal orientada hacia los modelos occidentales, más bien

representan las bases indispensables para toda política de izquierda concebible. Su erosión o incluso su abolición no es un progreso revolucionario, sino una recaída en las aberraciones estalinistas.

En este sentido, una plataforma para la defensa de la Constitución de 1999, tal como la lanzaron algunos intelectuales independientes en Venezuela en 2016, parece ser de fundamental importancia.¹⁶ Es más que una maniobra táctica para evitar una inminente guerra civil y ofrece la oportunidad de referirse a una fase inicial positiva del chavismo, en la que la Constitución fue respetada y actualizada en su contenido.

Los acontecimientos en Bolivia en 2019 muestran que el desconocimiento de los derechos civiles garantizados por la Constitución también puede dañar y hacer colapsar un régimen que se consideraba particularmente estable debido a sus éxitos económicos y sociales. Mientras que Evo Morales y Álvaro García Linera se creían seguros en manos del aparato de control y represión, surgió un movimiento de protesta democrática muy amplio contra el abuso de poder y el fraude electoral, incluyendo a los decepcionados seguidores del partido estatal. Precisamente debido a que se había ido eliminando una oposición comprometida con objetivos progresistas, se proporcionó a las figuras de la extrema derecha la oportunidad de presentarse como paladines de la democracia y de intervenir en los acontecimientos con métodos manipuladores para convertirse ellos mismos en la fuerza determinante. Esto no se produjo mediante un golpe de Estado por parte de generales ultrarreaccionarios y/o comprados, que entonces habrían establecido un régimen militar duradero basado en el modelo chileno, sino bajo el disfraz de salvar la democracia formal de supuestos estafadores electorales, que podrían ser destronados y expulsados al exilio.

No cabe duda de que Estados Unidos acogió con agrado el derrocamiento de Evo Morales, y ciertamente no se han quedado de brazos cruzados antes de armar a sus oponentes, incluso con los métodos subversivos que han caracterizado la política estadounidense en América Latina durante décadas. Pero en lugar de presentar a Evo exclusiva-

¹⁶ Consúltese en Plataforma por la Defensa de la Constitución Bolivariana (2016).

mente como una víctima de las intrigas imperialistas, como se ha probado a menudo, no debemos evitar cuestiones cruciales: ¿cómo pudo suceder que la base social original se perdiera parcialmente? ¿Fue la política de asegurarse despiadadamente de poder según el modelo del socialismo estatal la que finalmente preparó el camino hacia la pérdida de poder?¹⁷

¹⁷ También hay que tener en cuenta los cambios en la estructura social como resultado de la política gubernamental económicamente exitosa, especialmente el crecimiento de las clases medias cada vez más seguras de sí mismas, incluso en el sector indígena.

Consideraciones finales

El declive de los regímenes progresistas ha obligado adoptar nuevas posiciones y ha desencadenado debates necesarios. Pero no entre aquellos que aún después del fin del imperio soviético quieren aferrarse a las verdades irrefutables de la antigua religión del Estado: el marxismo-leninismo. Sus declaraciones de lealtad incondicional a los líderes omnipotentes del Estado, que se han practicado desde el gobierno de Stalin, son transferidas ahora a los protagonistas del socialismo del siglo XXI. Por eso acepta sin miramiento los autorretratos de los regímenes de Nicolás Maduro o Daniel Ortega, siempre justificado con la prioridad absoluta de la lucha contra el imperialismo norteamericano. Casi todas las declaraciones del Foro de São Paulo dan testimonio de la existencia continua de tales patrones ideológicos (cfr. Lander 2019, 122-130).

Sin embargo, dentro del chavismo se multiplican las voces críticas que se alejan del madurismo. Muchos quisieran volver a las ideas originales de Hugo Chávez para distanciarse de las debilidades de su sucesor, a quien se percibe como muy limitado, para exigir una verdadera política chavista. Con esto sugieren que Hugo Chávez dejó atrás algo así como una doctrina coherente que todavía después de su muerte puede servir como guía de orientación. No se cuestiona la consigna de un socialismo del siglo XXI proclamada por Chávez, sino simplemente la falta de realización por su sucesor que no está a la altura de las necesidades o incluso traicionó el legado de Chávez.

No obstante, un balance crítico de la época de Chávez no puede detenerse en el intento de reconstruir las revelaciones del líder fallecido y reanudar los lazos, más bien es necesario comprender la historia

económica, social y política de Venezuela desde la toma de posesión de Hugo Chávez con sus contradicciones internas y las limitaciones impuestas desde el exterior. En este sentido, la autointerpretación del verborreico dirigente sólo dice algo de forma indirecta sobre el desarrollo real. A pesar de que, sin duda, él mismo influyó decisivamente con ciertas medidas y omisiones. Existen estudios importantes sobre este tema escritos por científicos venezolanos que, incluso durante la vida de Chávez, se comprometieron y demostraron ser partidarios críticos.¹⁸

Tales estudios demuestran que no sólo la muerte de Chávez en 2013 –coincidiendo con la caída de los precios internacionales del petróleo– representa una ruptura en el desarrollo del proyecto chavista. Alrededor de 2005-2006, a mediados de su mandato, Hugo Chávez tomó decisiones que marcaron una tendencia, una ruptura. En primer lugar, la creación del PSUV, con el fin de utilizarlo para instaurar el socialismo del siglo XXI. La reivindicación del liderazgo de este partido marca un acercamiento a las estructuras políticas del socialismo real que había desaparecido en Europa. Sin embargo, en conocimiento de la historia temprana de la Rusia soviética, Chávez estaba consciente del peligro del dominio del partido y la pérdida de poder de los soviets. Quería contrarrestar este proceso por medio de la creación forzosa de consejos locales, que recibían financiación desde arriba. Aunque de esta forma se favorecieron y se crearon iniciativas democráticas de base independientes, hay que considerarlo como una pseudodemocracia de consejos subvencionados, que sólo podría florecer mientras el Estado central tuviera los medios para transferir los fondos.¹⁹ Sin duda, es un paso adelante si se permite a los afectados participar directamente en el manejo de los fondos que se les asignan, en lugar de ser patrocinados

¹⁸ Entre estos autores se encuentran Edgardo Lander, Víctor Álvarez Rodríguez, Alexandra Martínez y Emiliano Terán Mantovani. Consúltense sus trabajos en los libros del Grupo Permanente de Trabajo sobre Alternativas al Desarrollo y en sus contribuciones en www.rebellion.org.

¹⁹ Los estudios ricos en materiales que no prestan suficiente atención a esta condición fundamental son problemáticos en sus conclusiones. Azzellini (2010) no es una excepción.

por un poder centralizado. Pero la verdadera democracia del consejo tendría que implicar la extensión del control democrático hasta el más alto nivel: incluso el presidente con sus decisiones estaría sujeto a un órgano permanente que ocuparía el lugar del Parlamento. Evidentemente no es el caso de Venezuela, y nunca se pretendió que fuera así, aunque la destitución del presidente mediante un plebiscito nacional al menos prevé la posibilidad de un freno de emergencia.

Con esta excepción, la democracia participativa que se reclama se limita al nivel de las bases. Por importante que sea ensayar las prácticas democráticas a nivel local y regional, sigue siendo decisivo cómo y dónde se establece el rumbo para el futuro de todo el país. ¿Quién, por ejemplo, ha decretado que con el Arco Minero del Orinoco se expandiera una operación minera ecológicamente nociva que involucra a compañías extranjeras en una gran área bajo el control de los militares? ¿Qué discusión precedió a esta decisión? Es sumamente peligroso que decisiones de esta envergadura recaigan exclusivamente en un líder inspirado y su entorno inmediato, que no puede ser responsabilizado por ninguna autoridad legitimada. Debe de ser posible cuestionar y corregir las decisiones estratégicas por medio de discusiones públicas de grandes consecuencias. Mientras exista un Parlamento libremente elegido, sus debates deberían ser una parte importante de este ámbito público. Desde hace mucho tiempo no se han producido en Venezuela: primero porque la oposición por varios periodos no se presentó a las elecciones, y segundo porque cuando logró el éxito electoral fue eliminada por Maduro con métodos manipulativos.

La presunción de una ruptura en la mitad del mandato de Hugo Chávez podría trasladarse en una propuesta de periodización, que tal vez podría ser transferida a otros regímenes del progresismo con modificaciones y teniendo en cuenta grandes cambios de tiempo, sobre todo a Bolivia. Hubo una primera fase del chavismo que funcionó como una interacción de un liderazgo estatal propenso a tomar riesgos que no rehúye los enfrentamientos con oponentes aparentemente abrumadores, y por lo tanto intensifica su control sobre los recursos abundantes del país, con diversas iniciativas de base que actúan de for-

ma autónoma y que inicialmente pueden operar con una considerable libertad. Sigue una segunda fase en la que un proceso de transformación social titulado como revolucionario debe acelerarse mediante intervenciones específicas desde arriba, pero que perjudica y disminuye la autonomía real de las bases. Simultáneamente a la escalada sin freno del neoextractivismo, se restringen o abolen las garantías constitucionales del Estado de derecho. La falta de control y rendición de cuentas de los dirigentes ya tuvo consecuencias autodestructivas durante la vida de Hugo Chávez, desde errores económicos hasta una corrupción que apenas fue entorpecida.

A pesar de todo, la periodización propuesta aquí no pretende que sea establecida en términos absolutos para conducir a una demarcación brusca y simplista entre una fase temprana idealizada en contraste con un declive posterior. Desde el comienzo de la presidencia de Hugo Chávez, hubo elementos en su forma de gobernar que fueron difíciles de reconciliar con la programática expansión de la democracia. En primer lugar, se debe mencionar el papel de los militares. Independientemente de que muchos de sus miembros –incluido Chávez– procedían de los estratos sociales inferiores, el ejército había servido como casta privilegiada en la Cuarta República para asegurar el poder. Incluso había sido utilizado para sofocar disturbios internos, por ejemplo, en el Caracazo de 1989. Chávez quería asignarle nuevas tareas en los servicios de asistencia social o en la mejoría de la infraestructura para demostrar así su cercanía al pueblo. Además, la Constitución de 1999 no sólo permitió a los miembros de las fuerzas armadas participar en las elecciones, sino también ocupar cargos políticos. De esta manera, Chávez pudo llenar puestos claves en el Estado con oficiales de confianza. Esta mayor presencia de los militares pudo haber sido importante para asegurar el gobierno de Hugo Chávez, pero probablemente también alentó el aumento de las tendencias autoritarias en la vida política. La disciplina militar fue varias veces elogiada por el propio Chávez como el valor más alto, rara vez faltando en esto una referencia al comandante y libertador Simón Bolívar. Con su proclamación de una Revolución bolivariana, Hugo Chávez también quiso retomar la causa del héroe de guerra que había

luchado por la independencia de América Latina como comandante a la cabeza de sus soldados, y estilizarse como su legítimo heredero.

También tal caudillismo puede servir para explicar el declive del progresismo como resultado de una cultura política específica que se supone que prevalezca en América Latina (Boris 2019). En el chavismo se encuentran fenómenos visibles que son altamente conocidos en la historia del subcontinente desde la conquista española, por ejemplo, la aparición de caudillos autocráticos que demandan lealtad incondicional de sus seguidores. Sin embargo, hay que ser cauteloso cuando ciertos rasgos de una cultura política, como la propensión a la violencia, el patriarcado, el clientelismo, la corrupción o una retórica radical fuera de la realidad, se consideran como características típicamente latinoamericanas: una mirada a otros continentes como también a los caminos del pasado y a las aberraciones de ciertos grupos en Alemania²⁰ deberían hacernos pensar. Por otro lado, a la hora de emprender una crítica de la cultura política de la izquierda latinoamericana no debería faltar trazar una línea de tradición, que es el enfoque de este trabajo: la continuación de una forma de pensar importada, que se remonta a las recetas políticas de Lenin y sus sucesores y que sigue predominando en la mayoría de las organizaciones de América Latina que operan bajo la consigna de la izquierda.

Es probable que la superación de tales fijaciones ideológicas sea decisiva para el margen de maniobra de las fuerzas progresistas en América Latina. Esto sucede al principio espontáneamente. Como antes del auge de los gobiernos de izquierda encabezados por Chávez, surgen de nuevo protestas masivas, no dirigidos por partidos en escenarios inesperados (como recientemente Ecuador o Chile) para plantear cara de forma prometedora contra una derecha neoliberal que parece tener un pleno dominio. Los científicos sociales críticos podrían contribuir, dentro de sus límites, a producir un cambio de conciencia si revelan las razones in-

²⁰ Esto también incluye los productos de la decadencia del movimiento de emancipación de 1967-1968 en la República Federal Alemana, en la forma de los grupos K de inspiración maoísta y/o estalinista.

ternas del fracaso de los regímenes progresistas. Es necesario desarrollar una mejor comprensión de la historia y de los antecedentes de la izquierda en América Latina, incluido el anarquismo (cfr. Melgar 1988).

Tal reconquista de la propia historia es indispensable para la orientación política en el presente. Si no se produce, puede seguir operando un inconsciente político, reproduciendo fatalmente los errores del pasado.²¹ La presuposición de tal inconsciente político parece adecuada para explicar ciertos procesos defectuosos que resultan de la adopción ciega de máximas de acción de la era de Stalin.

Una izquierda latinoamericana liberada de los dogmas de la religión estatal del marxismo-leninismo puede centrarse en su propia historia, para rescatar y darle continuidad a las tradiciones comunitarias y libertarias enterradas. A pesar de todo el énfasis en la autonomía nacional o continental, debería conservar una forma de pensar cosmopolita, sin la cual una izquierda renovada es inconcebible. Pero la orientación internacional no puede limitarse a una constante denuncia de las atrocidades del imperialismo norteamericano, por muy necesario que sea contrarrestarlo, especialmente en vista de una política norteamericana cada vez más agresiva. Pero no es menos importante para el internacionalismo comprender las razones del fracaso del socialismo de Estado, que se derrumbó en Europa, para superar sus remanentes también en América Latina y no volver a tropezar con el mismo tronco por desconocimiento de la historia.

La pérdida de poder de los líderes aparentemente sacrosantos de uno de los remanentes regímenes progresistas no sólo ha cambiado el panorama político del subcontinente, sino que también obliga a repensar y reevaluar las estrategias para lograr cambios de gran alcance en América Latina que operan bajo la consigna de izquierda. La proclamación de un socialismo del siglo XXI basado en revitalizar las reivindicaciones de la vanguardia leninista y las prácticas autoritarias asociadas a esta política, ha demostrado ser insostenible. Una resistencia más prometedora

²¹ Tal inconsciente político también se menciona en varios lugares en un documento de discusión sobre la izquierda venezolana (Barreto, Biarreau y Sánchez 2019).

que hace frente a la persistencia de desigualdades sociales extremas se expresa actualmente de una manera diferente: en Chile surgió un amplio movimiento de protesta, apoyado en la juventud, sin depender de un partido dominante y sin un líder indispensable, que ha obligado a sus oponentes a hacer concesiones. En Argentina era casi evidente que un régimen que había ejecutado excesos neoliberales desenfrenados pudiera ser reemplazado por medio de elecciones limpias, sin que los militares volvieran a intervenir. Esas experiencias deben incluirse en futuros debates sobre las formas de salir de la crisis de la izquierda latinoamericana tras el fracaso de los regímenes progresistas.

Epílogo

El presente texto es el resultado de una conferencia que di en abril de 2018 en la Universidad de Guadalajara en México durante mi estancia como *fellow* del CALAS. Traté de aprovechar mis extensas investigaciones en los archivos de Moscú sobre la intervención de la Internacional Comunista en América Latina para explicar el declive de los regímenes progresistas.

El objetivo de este ensayo, resultado de aquella conferencia, es mostrar cómo el concepto de organización de Lenin sigue teniendo efecto en aquellos que proclaman un giro a la izquierda y quienes, bajo la consigna de un socialismo del siglo xx, creían que se alejaban de las ideas del Partido Comunista y de la religión estatal del marxismo-leninismo. Inevitablemente, Hugo Chávez se encontraba en el epicentro de este movimiento. Aquí pude apoyarme especialmente en la investigación del sociólogo venezolano Edgardo Lander, cuyo estudio más amplio también ha sido publicado en la serie del CALAS (Lander 2019).

Mi implicación con Venezuela comenzó en 1970, cuando mi amigo, el sociólogo Heinz-Rudolf Sonntag, me invitó a Caracas. En varias visitas, a través de él y de su círculo de amigos pude obtener valiosos conocimientos sobre los problemas del país. Más tarde nos separó una valoración diferente de Chávez: Sonntag fue desde el principio un firme opositor a la presidencia de Hugo Chávez, mientras que yo en la fase inicial abagué por un apoyo crítico (Meschkat 2005). También me animó en esto la historiadora Dorothea Melcher de la Universidad de Mérida, quien tuvo buenos contactos con la gente alrededor de Chávez. Asimismo, fue importante el intercambio con Raúl Zelik, cuyas publicaciones

anteriores (Zelik 2020, 253 y 261, notas al pie de página) se relacionan con su investigación en las zonas pobres de Caracas. No conocía su último trabajo sobre Venezuela (*Ibid.*, 252-266) antes de escribir este texto, por lo que parece notable que haya un amplio grado de acuerdo en la explicación de las causas de la presente catástrofe.

Debido a la atención prestada a Hugo Chávez, otros protagonistas del progresismo, como Rafael Correa quien como presidente quiso liderar durante una década una revolución ciudadana en Ecuador, sólo fueron tratados someramente. La renuncia forzosa de Evo Morales en octubre de 2019 ocurrió justo en el momento de la conclusión de mi trabajo para el CALAS –no he hecho un análisis profundo del cambio de poder en Bolivia, aparte de una crítica ya elaborada sobre el ex vicepresidente Álvaro García Linera, que en 2017 había referido a las lecciones de la Revolución rusa–. No incorporé a Nicaragua en mi trabajo, aunque la renovada presidencia de Daniel Ortega a partir de 2007 ha puesto al país en línea con las ambiciones latinoamericanas de Hugo Chávez. Sin embargo, decisiones arbitrarias aparentemente absurdas, como la de la construcción de un canal transoceánico con la ayuda de un dudoso multimillonario chino, hicieron que el gobierno de Ortega pareciera más bien marginal, por lo que a menudo se pasa por alto en un examen crítico del “progresismo”. No fue sino hasta abril de 2018 que Nicaragua volvió a ser el centro de la atención mundial, cuando las manifestaciones de protesta de los estudiantes contra las medidas del régimen fueron brutalmente derribadas y muchas personas murieron. En Alemania, esto condujo a una aguda condena del orteguismo por la mayoría de los representantes del antiguo movimiento de solidaridad con la revolución sandinista.

La reacción del Foro de São Paulo fue notablemente diferente, un encuentro de los partidos izquierdistas de América Latina que había sido fundado en 1990 por el entonces líder del PT brasileño Lula da Silva y por Fidel Castro. En la reunión anual del foro en julio de 2018 se aprobó una resolución que justificaba sin reservas las acciones de Ortega y difamaba las protestas democráticas en Nicaragua como producto de las maquinaciones imperialistas (Lander 2019, 140). Esto estaba totalmente

de acuerdo con la línea general del Foro de São Paulo, cuyo programa político se limitaba esencialmente a una constante denuncia del imperialismo estadounidense. En cambio, especialmente durante los mandatos de los partidos de izquierda en las dos anteriores décadas, no hubo ningún debate controvertido ni una postura crítica sobre las decisiones y medidas políticas de los regímenes progresistas (*Ibid.*, 122-138) Sin embargo, y pese a que en la propaganda de la extrema derecha, el Foro de São Paulo fue caracterizado a menudo como punto de partida para actividades golpistas (conspirativas) comunistas, nunca alcanzó gran relevancia como centro organizativo de defensa común contra la interferencia imperialista.

No obstante, como sucesora de la Komintern a nivel regional, tras la caída de la Unión Soviética, el Foro de São Paulo aparece a menudo a la hora de preservar y transmitir las convicciones ideológicas de la época estalinista. Así pues, la presente obra toca el tema de la continuada existencia de una izquierda “oficial” de tal orientación en América Latina y puede actualizarlo.

El texto se completó antes de que el subcontinente fuera particularmente afectado por la pandemia de la Covid-19. Las muertes masivas en Brasil, siguiendo la estela de Estados Unidos, no necesitan comentarios. Para otros gobiernos de derecha, la necesidad de tomar medidas contra la propagación del virus proporcionó un pretexto útil para reprimir cualquier forma de movilización masiva de la oposición. En Chile, por ejemplo, se suprimió temporalmente un amplio movimiento de protesta contra la barbarie neoliberal, apoyado por jóvenes y mujeres. Todavía no es posible prever cómo se desplegará de nuevo este potencial de una izquierda de base después de la desaceleración relacionada con la pandemia. Una mejor comprensión de su propia historia, que ya se ha hecho evidente en Chile, y a la que el presente estudio desearía contribuir más, podría tal vez ser de ayuda a la izquierda.

Bibliografía

- AZZELLINI, DARIO. 2010. *Partizipation, Arbeiterkontrolle und die Commune. Bewegungen und soziale Transformation am Beispiel Venezuela*. Hamburgo: VSA Verlag.
- BARKER, TOM. 2017. “El último congreso de la Sindical Roja”. En *Primeros viajeros al país de los soviets. Crónicas porteñas: 1920-1934*, editado por Horacio Tarcus, 73-80. Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires.
- BARRETO, JUAN, Javier Biardeau y Héctor Sánchez. 2019. “Izquierda venezolana”. *Rebelión*, 8 de agosto. <https://rebellion.org/docs/259146.pdf>.
- BORIS, DIETER. 2019. “Politische Kultur in Lateinamerika. Hintergründe, Wirkungen und Perspektiven”. *Supplement der Zeitschrift Sozialismus Heft*.
- BRIE, MICHAEL. 2017. *Lenin neu entdecken. Das hellblaue Bändchen zur Dialektik der Revolution & Metaphysik der Herrschaft*. Hamburgo: VSA Verlag.
- BURCHARDT, HANS-JÜRGEN *et al.*, eds. 2016. *Nada dura para siempre. Neo-extractivismo tras el boom de las materias primas*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- CASTAÑEDA, JORGE G. 2004. *Che Guevara. Biographie*. Frankfurt: Suhrkamp.
- CHÁVEZ, HUGO. 2005. *Aló Presidente*, 21 de agosto. <http://www.fidelcastro.cu/es/articulos/alo-presidente-nro-231>.
- CHÁVEZ, HUGO. 2014. *Hugo Chávez. Mein erstes Leben; Gespräche mit Ignacio Ramonet*. Berlín: Neues Leben.
- CORONIL, FERNANDO. 2002. *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad.
- DE SOUSA, BOAVENTURA. 2009. “¿Por qué Cuba se ha vuelto un problema difícil para la izquierda?”. *Rebelión*, 8 de abril. <http://rebellion.org/noticia.php?id=83540>.

- “Discurso de Hugo Chávez de Dic. 16”. 2006. www.aporrea.org/actualidad/n87995.html.
- “Discurso del Presidente Hugo Chávez en la instalación del Primer Congreso Extraordinario del Partido Socialista Unido de Venezuela”. 2009. *Sitio oficial del Partido Socialista Unido de Venezuela*, 21 de noviembre. <http://www.psuve.org/temas/biblioteca/discurso-instalacion-presidente-hugo-chavez/#.XzXBZS3mG9Y>.
- El movimiento revolucionario latinoamericano. Versiones de la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana*. 1929. Buenos Aires: Correspondencia Sudamericana.
- “Estatutos del Partido Socialista Unido de Venezuela (PSUV)”. 2010. *Sitio oficial del Partido Socialista Unido de Venezuela*, 24 de abril. <http://www.psuve.org/ve/psuv/estatutos/>.
- FIGES, ORLANDO. 1997. *A people's tragedy. The Russian Revolution, 1891-1924*. Londres: Pimlico.
- GALEANO, EDUARDO. 2003. “Kuba tut weh. Kuba-Kontroverse”. *Sozialistische Positionen*. <https://www.sopos.org/aufsaeetze/3f143ac7aed3f/1.phtml.html>.
- GARCÍA, ÁLVARO. 2015a. *El “Oenegismo”, enfermedad infantil del derechismo*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.
- GARCÍA, ÁLVARO. 2015b. “Estado, democracia y socialismo”. *Rebelión*, 19 de febrero. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=195607>.
- GARCÍA, ÁLVARO. 2015c. “Sobre las ONGS, respuesta de Álvaro García Linera”. *Agencia Latinoamericana de Información*, 18 de agosto. <https://www.alainet.org/es/articulo/171823>.
- GARCÍA, ÁLVARO. 2018. *¿Qué es una revolución? De la Revolución rusa de 1917 a la revolución en nuestros tiempos*. La Paz: Vicepresidencia del Estado.
- GARCÍA, ÁLVARO, LUIS TAPIA y Raúl Prado. 2007. *La transformación pluralista del estado*. La Paz: Muela del Diablo.
- GOLDENBERG, BORIS. 1971. *Kommunismus in Lateinamerika*. Stuttgart: W. Kohlhammer.
- HARNECKER, MARTA. 1979. *Cuba. Los nuevos protagonistas del poder*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.

- JEIFETS, VÍCTOR, Lazar Jeifets y Peter Huber. 2015. *América Latina en la Internacional Comunista 1919-1943. Diccionario biográfico*. Santiago de Chile: Ariadna Ediciones.
- KOHAN, NÉSTOR. 2000. *Ni calco ni copia. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*. Buenos Aires.
- KOMIN-ALEXANDROVSKY, MIJAIL A. 2017. "Impresiones de un viaje a la Rusia soviética." En *Primeros viajeros al país de los soviets. Crónicas porteñas: 1920-1934*, editado por Horacio Tarcus, 23-60. Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires.
- KÖSTENBERGER, JULIA. 2007. "Die Internationale Lenin-Schule (1926-1938)". En *Biographisches Handbuch zur Geschichte der Kommunistischen Internationale. Ein deutsch-russisches Forschungsprojekt*, editado por Michael Buckmiller y Klaus Meschkat, 287-309. Berlín: De Gruyter.
- KRESSE, MICHAEL. 2015. *Hugo Chávez' Bolívarismus. Eine ideengeschichtliche und historische Analyse*. Berlín: Wissenschaftlicher Verlag Berlin.
- LANDER, EDGARDO. 2006. "Creación del partido único, ¿se aborta el debate sobre el Socialismo del Siglo XXI?". *Aporrea*, 25 de diciembre. <https://www.aporrea.org/ideologia/a28743.html>.
- LANDER, EDGARDO. 2019. *Crisis civilizatoria. Experiencias de los gobiernos progresistas y debates en la izquierda latinoamericana*. Guadalajara: CALAS-Editorial Universidad de Guadalajara.
- LANG, MIRIAM *et al.*, eds. 2011. *Más allá del desarrollo*. Quito: Abya Yala.
- LANG, MIRIAM *et al.*, eds. 2013. *Alternativas al capitalismo/colonialismo del siglo XXI*. Quito: Abya Yala.
- LANG, MIRIAM *et al.*, eds. 2015. *¿Cómo transformar? Instituciones y cambio social en América Latina y Europa*. Quito: Abya Yala.
- LEVINE, DANIEL H. 1989. "Venezuela. The Nature, Sources, and Prospects of Democracy." En *Volume Four. Democracy in developing countries. Latin America*, editado por Larry J. Diamond, Juan J. Linz y Seymour M. Lipset, 247-290. Boulder-Londres: Lynne Rienner Editorial-Adamantine Press.
- LÓPEZ, ALINA B. 2019. "El problema." *Rebelión*, 19 de enero. <https://rebelion.org/el-problema/>.
- LÖWY, MICHAEL. 1980. *Le marxisme en Amérique latine de 1909 à nos jours. Anthologie*. París: Maspero.

- LJUBETIC, IVÁN. 2007. "Recabarren y la revolución rusa de 1917". *Luis Emilio Recabarren*. <https://www.luisemiliorecabarren.cl>.
- MARIÁTEGUI, JOSÉ CARLOS, ed. 1986. *Revolution und peruanische Wirklichkeit. Ausgewählte politische Schriften*. Frankfurt: Isp-Verlag.
- MARX, KARL y Friedrich Engels. 1972. *Karl Marx, Friedrich Engels: Werke. Band 22*. Berlín: Dietz-Verlag.
- MELGAR, RICARDO. 1988. *El movimiento obrero latinoamericano. Historia de una clase subalterna*. Madrid: Alianza Editorial.
- MESCHKAT, KLAUS. 1980. *Marxismus in Kolumbien. Zum Verhältnis von Revolutionstheorie und sozialer Bewegung*. Hannover: Sozialwissenschaftliches Seminar der Universität Hannover.
- MESCHKAT, KLAUS. 2005. "Wie halten Sie es mit Hugo Chavez". En *Jahrbuch Lateinamerika Analysen und Berichte 29*, editado por Karin Gabbert, 62-73. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- MESCHKAT, KLAUS y José María Rojas, eds. 2009. *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética*. Bogotá: Santillana Ediciones Generales.
- MOTHES, JÜRGEN y Klaus Meschkat. 2010. *Lateinamerika und der "Generalsstab" der Weltrevolution. Zur Lateinamerika-Politik der Komintern. Herausgegeben von Klaus Meschkat*. Berlín: Karl Dietz Verlag.
- NOLLAU, GÜNTHER. 1959. *Die Internationale. Wurzeln und Erscheinungsformen des proletarischen Internationalismus*. Colonia: Kiepenheuer & Witsch.
- PENELÓN, JOSÉ F. 2017. "Dos viajes a la Rusia soviética 1922-24". En *Primeros viajeros al país de los soviets. Crónicas porteñas: 1920-1934*, editado por Horacio Tarcus, 81-93. Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires.
- PETERS, STEFAN. 2019. *Sozialismus des 21. Jahrhunderts in Venezuela. Aufstieg und Fall der Bolivarischen Revolution von Hugo Chávez*. Stuttgart: Schmetterling Verlag.
- Plataforma por la Defensa de la Constitución Bolivariana. 2016. "En defensa de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela y de la Democracia". *Aporrea*, 19 de octubre. <https://www.aporrea.org/ddhh/a235779.html>.
- PORTANTIERO, JUAN CARLOS. 1978. *Estudiantes y Política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. México: Siglo XXI.
- RECARBAREN, LUIS E. 1923. *La Rusia obrera y campesina*. Santiago de Chile.

- RUGE, WOLFGANG. 2013. *Lenin. Vorgänger Stalins*. Berlín: Matthes & Seitz.
- RUSSELL, BERTRAND. 1920. *The Practice and Theory of Bolshevism*. Londres: Allen & Unwin.
- SCHÜTRUMPF, JÖRN, ed. 2017. *Diktatur statt Sozialismus. Die russische Revolution und die deutsche Linke 1917/18*. Berlín: Karl Dietz Verlag.
- SPENSER, DANIELA y Rina Ortiz. 2006. *La Internacional Comunista en México. Los primeros tropiezos. Documentos, 1919-1922*. Ciudad de México: INEHRM.
- SVAMPA, MARISTELLA. 2019. *Las fronteras del neoextractivismo en América Latina*. Guadalajara: CALAS-Editorial Universidad de Guadalajara.
- TARCUS, HORACIO, ed. 2017. *Primeros viajeros al país de los soviets. Crónicas porteñas: 1920-1934*. Buenos Aires: Bibliotecas Buenos Aires.
- TORRES, JUAN IGNACIO. 1972. *María Cano, mujer rebelde*. Bogotá: Publicaciones de la Rosca.
- TORRES, JUAN IGNACIO. 2005. *50 meses en Moscú*. Cali: Universidad del Valle.
- TWICKEL, CHRISTOPH. 2006. *Hugo Chavez. Eine Biographie*. Hamburgo: Nautilus.
- UNFRIED, BERTHOLD. 2006. "Ich bekenne". *Katholische Beichte und sowjetische Selbstkritik*. Frankfurt-Nueva York: Campus Verlag.
- WÄTZOLD, TIM. 2015. *Der libertäre Atlantik - unsere Heimat ist die ganze Welt. Die Entwicklung der Arbeiterbewegungen Südamerikas zur Zeit der europäischen Massenmigration als Teil der Kulturgeschichte des Internationalen Proletariats*. Hamburgo: Verlag Barrikade.
- ZEUSKE, MICHAEL. 2004. *Insel der Extreme. Kuba im 20. und 21. Jahrhundert*. Zúrich: Rotpunktverlag.
- ZEUSKE, MICHAEL. 2011. *Simón Bolívar. Befreier Südamerikas ; Geschichte und Mythos*. Berlín: Rotbuch-Verlag.

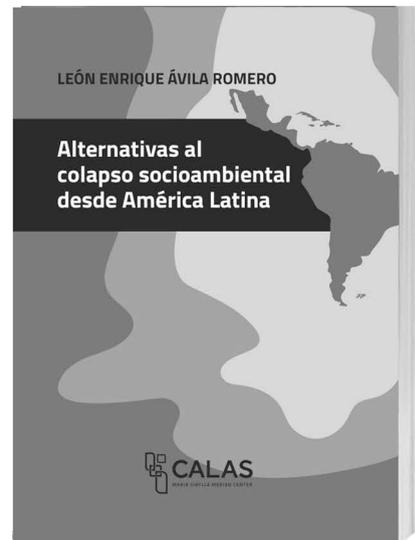
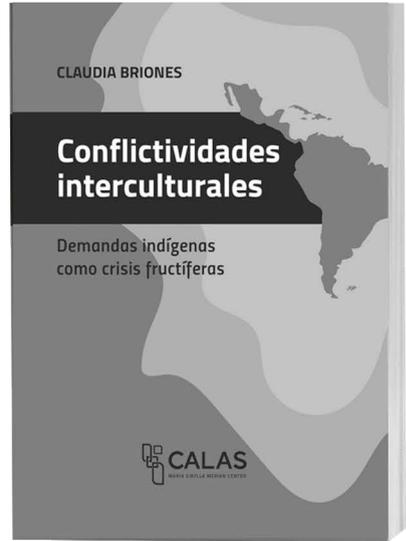
AUTOR



Klaus Meschkat

Estudió sociología e historia de Europa del Este en la Freie Universität Berlin. Se doctoró en 1965 y fue profesor invitado en Nueva York (1968-69) y en Medellín (1969-70). Desde marzo de 1973 es profesor en la Universidad de Concepción, Chile; el golpe de Estado de Pinochet del 11 de septiembre de 1973 lo llevó a la cárcel y a la expulsión. De 1975 a 2001 fue profesor en el Instituto de Sociología de la Universidad de Hannover, centrándose en la sociología de desarrollo, especialmente de América Latina. De 1999 a 2007 coordinó un proyecto de investigación ruso-alemán para elaborar un manual biográfico de la Internacional Comunista en cooperación con el Archivo de la Comintern de Moscú. Sus publicaciones más recientes, junto con Michael Buckmiller, son *Biographisches Handbuch zur Geschichte der Kommunistischen Internationalen* (2007) y, junto con José María Rojas, *Liquidando el pasado. La izquierda colombiana en los archivos de la Unión Soviética* (2009).

OTROS TÍTULOS DE LA COLECCIÓN





**La crisis de los regímenes progresistas
y el legado del socialismo de Estado**

Coordinación editorial

Iliana Ávalos González

Jefatura de diseño

Paola Vázquez Murillo

Cuidado editorial

Mariana Hernández Alvarado

Diseño de la colección

Paola Vázquez Murillo

Pablo Ontiveros

Diagramación

María del Carmen Vázquez Murillo